

# EL ASEDIO INGLES A LA CORUÑA EN 1589

## ANALISIS MILITAR

Leoncio VERDERA FRANCO  
Teniente Coronel de Artillería  
Licenciado en Geografía e Historia

*«Las victorias son de Dios y El  
las da y quita como quiere».*

Felipe II

### UNA APROXIMACION AL SIGLO XVI (\*)

HASTA el año 1585, la coexistencia entre España y Gran Bretaña pasó por diversos altibajos, consiguiendo superar momentos muy críticos, pero en esa fecha Felipe II ordenó la confiscación de todos los buques ingleses en puertos españoles; se ponía en marcha de nuevo una peligrosa política de confrontación que iba a lastrar, ya fatalmente, las relaciones entre las dos potencias. Sin embargo, una reacción así del monarca resultaba inevitable ante la actitud de una Inglaterra que, haciendo caso omiso de sanciones y derechos, no cedía en su pugna con España por el control de los elementos de poder y zonas de influencia en Europa, América y el Atlántico.

En efecto, mientras Isabel, tras su subida al trono en 1558, estuvo absorbida por los complejos problemas internos que se derivaban de su convivencia con María Estuardo y con la comunidad

---

(\*) *Nota de la Redacción:* En el año actual se ha celebrado en La Coruña el IV Centenario de María Pita. Los acontecimientos vividos en esa ciudad en mayo de 1589 quedaron ligados para siempre a la figura de aquella heroína. En homenaje suyo y de Galicia, nos envía el autor, desde aquella capital, este trabajo que publicamos complacidos.

católica de su reino, Escocia e Irlanda, las relaciones con España fueron cordiales aunque no exentas de momentos de tensión. Diez años después, y ya afianzada ante su pueblo, sus preocupaciones van a dar un salto cualitativo, en un momento crítico: los Países Bajos arden en una violenta sublevación contra España, en tanto Francia se ve sacudida por una fanática lucha fratricida de carácter religioso. Como consecuencia de estos conflictos nace y crece una actividad pirática que campa a sus anchas por el Canal de la Mancha y el golfo de Gascuña, actividad que al obstaculizar el tráfico marítimo, perjudicó seriamente al comercio español en la zona. Aquí van a comenzar los problemas.

Huyendo de los piratas holandeses, cinco navíos españoles cargados con el numerario destinado a pagar a los Tercios de Flandes, logran a duras penas refugiarse en el sur de Inglaterra. El resultado iba a ser el mismo ya que Isabel, argumentos los hay para casi todo, decide apropiarse de la preciosa carga y decreta su embargo. Inmediatamente el duque de Alba responde confiscando los bienes comerciales ingleses en los Países Bajos, tras lo cual Isabel hace lo propio con los de los mercaderes españoles en Inglaterra. El resultado es la interrupción de las relaciones comerciales entre España y Gran Bretaña. En este clima de hostilidad Drake realiza sus primeras capturas exitosas en las posesiones españolas de América, en tanto el embajador de Felipe en la Corte de St. James intriga sin descanso fomentando un levantamiento católico en el norte. Isabel inicia entonces un acercamiento a Francia a fin de asfixiar a la política española, pero la matanza de hugonotes (protestantes franceses), durante la noche de San Bartolomé, en París y provincias, echó por tierra el intento. La ocasión fue aprovechada por los moderados ingleses que no querían una confrontación abierta con España y los buenos oficios de su líder, Lord Burghley, lograron la firma del tratado de Bristol (agosto 74), por el cual se resolvían los litigios derivados de las confiscaciones, con el compromiso de que España expulsase de los Países Bajos a los refugiados ingleses hostiles a Isabel y que Gran Bretaña cerrase sus puertos a los rebeldes holandeses.

Permanecían sin duda subyacentes todas las cuestiones de fondo que enfrentaban a las dos monarquías. El «coto cerrado» del comercio americano no era aceptado por Inglaterra y Drake volvió a actuar, esta vez durante dos años seguidos, causando serios contratiempos a nuestra actividad en las colonias, ante la no disimulada satisfacción de Isabel que le armó caballero. Felipe II entonces

procedió a enviar una expedición a Irlanda en ayuda de los irlandeses rebeldes. La mecha estaba encendida de nuevo.

Es entonces, 1580, cuando, vacante el trono de Portugal por extinción de la familia reinante, Felipe hace valer sus derechos dinásticos a esa corona. Sin ninguna duda los tenía y tenía también tras de sí el poder casi omnipotente de España para sustentarlos frente al otro pretendiente, el Infante D. Antonio, prior de O Crato, que en cambio había sabido poner de su parte al pueblo portugués. D. Antonio huye, se refugia en Inglaterra y pide ayuda a Isabel ofreciendo todo, con tal de que actuase contra España. Isabel no se decide, Francia recoge el guante y se lanza a una expedición contra las Azores, donde sufre una severísima derrota. Entre tanto el embajador español en Londres continúa con su actividad conspirando para favorecer el derrocamiento de Isabel y su sustitución por María Estuardo. El fracaso de la conspiración de Throckmorton en 1584 supuso su expulsión de las Islas. En este mismo año 84 la crispación en los Países Bajos lleva al asesinato de Guillermo de Orange. Isabel ya no duda en apoyar a los holandeses y es entonces cuando Felipe II, en mayo de 1585, confisca los buques ingleses.

La suerte está echada. Unos meses después, el conde de Leicester pasa a Flandes con un ejército de 5.000 hombres para luchar contra nuestros Tercios. Drake emprende una expedición típica, saqueando, incendiando y hundiendo buques... Pasa por Vigo, Bayona y sigue sus correrías en América. La ruptura entre las dos potencias está servida y Felipe no ve más solución que expulsar a Isabel del trono inglés. Se planifica así, desde este fatídico año de 1585, una invasión de Inglaterra en toda regla. La ejecución de María Estuardo en 1587 dinamiza los proyectos y la febril actividad en los puertos españoles no escapa a los espías de Isabel, «*en espías gastarás sin duelo y no te desmaye el engañarte algunos para dexar de aprovecharte de otros*» (1), que envía a Drake en misión de hostigamiento y destrucción para intentar evitar la concentración de buques españoles. Durante tres meses, de abril a junio del 87, Drake navega incensantemente por aguas españolas ocasionando graves daños que retrasaron la expedición española. Ataca Cádiz, donde destruye más de treinta barcos, y se «instala» en el cabo San Vicente desde donde controla el tráfico de buques en la zona. Cansados sus barcos y sus tripulaciones y escasos los aprovisionamientos

---

(1) SOLANO ALVAREZ, Juan: «Carta a un Soldado del siglo XVI», «Revista de Historia Militar», núm. 13 (1963), p. 79.

regresa a Inglaterra. En España se recupera el tiempo perdido y por fin la Armada «Invencible» parte para su trágico destino, primero desde Lisboa y, después de recomponerse, desde La Coruña. En agosto, el sueño de Felipe II había acabado, mientras los buques que regresaban dispersos del desastre se refugiaban en los puertos del norte de España como Santander y La Coruña, entre otros. Isabel I, enardecida en su victoria, quería que saliesen a la mar sus navíos para atacar los puertos españoles, pero sus almirantes le hicieron ver la necesidad de hacer reparaciones, dar descanso a las tripulaciones y efectuar una adecuada preparación de cualquier empresa. Se pospuso así tal actividad, pero a principios de 1589, ya todo estaba dispuesto para una expedición con la que se iba a pretender atacar a fondo los intereses y el prestigio de España.

### 1589: LOS IMPREVISTOS DE UNA EXPEDICION DESASTROSA

El Infante D. Antonio, pretendiente al trono de Portugal, ofreció de nuevo a la monarca Tudor más de lo que la reina hubiese pedido para apoyar su causa. La oferta era tentadora: plazas fuertes en Portugal para uso exclusivo de los ingleses, derechos en el comercio de las Indias, compensaciones económicas..., Isabel se decidió a colaborar en la empresa, aunque sólo en parte, «*no quiso sin embargo, o quien sabe si no pudo, atender a todos los gastos de la expedición, la cual se convirtió, por lo tanto, en una empresa por acciones*» (2), con participación de: Isabel, Drake como almirante, Sir John Norris como general del ejército, D. Antonio el pretendiente y diversos particulares. Las aportaciones económicas dieron así a la empresa un carácter mercantilista no previsto por D. Antonio, pero que se corresponde con la línea tradicional de las campañas de Drake. Téngase en cuenta, por ejemplo, que su viaje de vuelta al mundo, ya citado, supuso entonces para los accionistas de la empresa un beneficio de «*47 libras por cada una de las invertidas*» (3).

---

(2) IBARRA Y RODRIGUEZ, Eduardo: (dir. ed.) *Historia del Mundo en la Edad Moderna*. Tomo III. Barcelona 1940.

(3) MARTINEZ VALVERDE, Carlos: «*Sobre la dilatada y compleja Batalla del Atlántico española en los siglos XVI y XVII*», «*Revista de Historia Militar*», número 63 (1987), p. 47.

Una demora, tampoco prevista, de más de dos meses sobre la fecha inicial de partida de febrero, permitió poner a punto los barcos pero hizo que casi se agotasen las provisiones. La oportuna confiscación de mercancías flamencas soslayó el problema y el 13 de abril la expedición se hizo a la mar con unas órdenes que reflejaban claramente la dualidad expuesta. Así, mientras por una parte se les apuntaban sus posibilidades en cuanto a captura de buques de la Gran Armada por puertos del norte de España, Santander y otros, por otra se le encomendaba que llegasen cuanto antes a Lisboa; que actuaran con su ejército según los intereses de D. Antonio, pero que lo abastecieran en territorio enemigo, a su criterio. Esta dualidad marcará y lastrará una expedición que además se encontrará, de entrada, con unas condiciones adversas para la navegación.

De los datos de que disponemos se puede deducir que desde Plymouth a La Coruña una escuadra de cerca de 200 buques tardaba entonces de ocho a diez días, en condiciones favorables. Felipe II, aún príncipe, había hecho el viaje Coruña-Southampton (algo más lejos) en nueve días en parecida época del año, en tanto que la Gran Armada empleó ocho días en llegar desde Coruña a la Punta Lizard, en SO de Inglaterra.

Pues bien, Drake tardó ¡21 días! de navegación hasta arribar a La Coruña. Vientos contrarios y atemporalados debieron azotar a la flota empujándola al oeste, fuera del golfo de Vizcaya, lo que obligó al almirante a dar continuas bordadas para recuperar su rumbo y a moderar la marcha para recoger a los rezagados. Este temporal que los alejó de sus objetivos, los puertos españoles de la cornisa cantábrica, provocó sin duda numerosas averías en los barcos y tensión en las atiborradas bodegas donde se hacinaban los soldados, mientras los víveres escaseaban, se descomponían y faltaba el agua. Se imponía una pronta recalada y el puerto importante más próximo en su ruta hacia Lisboa era La Coruña.

A Drake el nombre de esta ciudad no le era en absoluto desconocido, como no se lo era a los ingleses de la época. Desde aquí había salido Felipe II para contraer matrimonio con María de Inglaterra en 1554 y con tal motivo acudieron a esta ciudad embajadores ingleses (4); desde aquí había salido la Gran Armada el año

---

(4) VEDIA Y GOOSSENS, Enrique de: «*Historia y descripción de la ciudad de La Coruña*». La Coruña 1975, pp. 53-54.

anterior y aquí, en fin, habrían llegado algunos de sus buques después del desastre. Capeado el temporal y recompuesta la flota, Drake navegó ahora con un objetivo necesario, claro y concreto en su carta de navegación: La Coruña.

En este puerto enemigo, hacer aguada y reponer víveres no iba a ser una cosa fácil por lo que, ante la desesperación de D. Antonio, Drake y Norris debieron planear un ataque en toda regla a la ciudad que, además de permitir al fin poner pie en tierra a la gente poco marinera de su ejército, podía brindar a los soldados el aliciente del pillaje y a sus jefes el de un sustancioso botín con el que ir compensando su inversión en la empresa. No se debe olvidar tampoco el carácter de represalia que la acción llevaría implícita ya que éste iba a ser, por fin, el primer ataque contra los intereses de la corona española después del intento de la Invencible.

La Coruña, como otras ciudades, había sido advertida con tiempo del peligro, ya que los preparativos de Plymouth llegaron a oídos de Felipe II, el cual, según Vedia: «...diversas veces y por diferentes Reales provisiones, avisó de esta novedad al marqués de Cerralbo, Gobernador y Capitán General del Reino de Galicia, añadiendo que podría ser descargarse el nublado sobre la ciudad de La Coruña o la villa de Bayona y que para evitarlo era preciso estar bien preparado» (5).

Los antecedentes y el propósito de la misión parecían señalar a Bayona como el objetivo y esta creencia generalizada de los coruñeses se convirtió en convicción con el paso de tantos días sin noticias del enemigo, por lo que el marqués dispuso que se reforzase Bayona, para donde salieron las tropas de Infantería que estaban en Betanzos, cuyo vacío fue cubierto por dos compañías que bajaron de Vivero. Que en ningún momento se pensó en la posibilidad del ataque inglés aquí parece confirmarlo además el hecho de que hasta diecisiete piezas de artillería que se hallaban sobre tierra, en la Pescadería, desmontadas de un galeón, permaneciesen allí abandonadas sin recogerlas ni utilizarlas para ningún fin. Naturalmente se las llevó el enemigo (6).

---

(5) *Ibidem*, p. 59.

(6) *Ibidem*, p. 61.

Así las cosas, navegando, al fin, con buen viento al SSO, Drake rebasó en la tarde del 3 de mayo la Estaca de Bares, en demanda de una ciudad alegre y confiada, La Coruña.

## LOS CONTENDIENTES Y LA CIUDAD

### *Fuerzas en presencia*

Por lo que respecta a los ingleses hay que distinguir entre su armada y las tropas del ejército de desembarco.

De las distintas fuentes consultadas se puede deducir que la cifra de 130 buques que recoge Barreiro (7), es lógica y asumible y acaso algo corta, lo que da idea de la formidable amenaza que se cernía sobre La Coruña. Realmente apenas si llegaban a treinta los buques de combate, de guerra, lo demás eran transportes armados, almacenes y particulares (8), pero, pese a todo, la escuadra de Drake reunía una poderosa potencia de fuego con más de mil piezas de artillería si nos atenemos a las cifras de la época.

Sobre la entidad del ejército de desembarco de Norris, no existen grandes dudas y se admite en 17.000 hombres el número de su fuerza. Aquí también son interesantes los matices aportados en Ibarra: «unos tres o cuatro mil soldados veteranos de los Países Bajos constituían el núcleo eficaz de la fuerza, en unión de unos mil voluntarios (...); pero el resto, que ascendía a unos 12.000 hombres, no eran más que la escoria de la sociedad y licenciados de presidio» (9).

El armamento individual de entidad lo componían entonces picas, arcabuces y mosquetes. La pica era la reina de las armas de la infantería; especie de lanza de gran longitud, se utilizaban fundamentalmente dos tipos, la «pica armada» de unos 5,60 metros y la «pica seca» de unos 4,20 metros. Los arcabuces eran un arma de

(7) BARREIRO FERNANDEZ, José Ramón: *Historia de la ciudad de La Coruña*, pp. 267-268.

(8) IBARRA Y RODRIGUEZ, Eduardo: *Ob. cit.*, p. 335.

(9) *Ibidem*, p. 335.

fuego relativamente ligera, pesaba unos 5 kilogramos y disparaba pelotas de plomo de unos 25 gramos. Los mosquetes eran algo más pesados, unos 8 kilogramos y sus proyectiles estaban sobre los 30 gramos. Tanto unos como otros eran portátiles y realmente eficaces sólo a distancias cortas, sobre todo el arcabuz. El duque de Alba recomendaba a sus arcabuceros no hacer fuego más que a distancia de poco más de dos picas (10 metros)... y las descargas cerradas a unos 15 ó 20 metros del enemigo, para ahuyentarlo también con el estruendo. El mosquete era efectivo hasta cerca de los 100 metros.

En cuanto a la artillería, hay que precisar que no existían apenas diferencias entre los materiales usados en tierra y a bordo de los buques. Tampoco entre la que artillaban los barcos ingleses y españoles aunque sí había una diferencia sutil pero de gran trascendencia, los ingleses utilizaban en mucho mayor número artillería de gran alcance, aunque fuese menos potente que la española. Así pues, más cañones, medios cañones y pedreros en la táctica naval española, un similar número de culebrinas y muchísimas más medias culebrinas, sacres y miñones por parte inglesa. Completaban el armamento artillero de entonces piezas pequeñas y más fácilmente manejables como falconetes, versos, ribadoquines y esmeriles.

De los datos disponibles y de la información general de la época se puede deducir que los buques de Drake tendrían artillería de los diversos tipos de la ya citada. En cuanto al ejército de Norris sabemos que utilizó en el ataque y cerco cañones de a 24 libras, medios cañones de a 20, esmeriles de una libra y posiblemente sacres o falconetes.

Por parte española la defensa fue asumida por un colectivo humano que Barreiro estima en 7.000 ó 10.000 personas según los autores que cita (10). La cuantificación de los distintos parciales, en cada una de las fuentes que hemos manejado, nos lleva a inclinarnos por la primera de las cifras citadas con un total estimado de unos 7.300 que descomponemos así: 1.900 profesionales de la milicia, 3.900 movilizados de la ciudad, alrededores y otros lugares y 1.500 mujeres y niños. Pero existe aún una subdivisión importante que nos dice, redondeando, que una vez que los ingleses cercaron la ciudad vieja quedaron dentro de ella unos 4.000 defensores (1.300 soldados) y fuera, en la comarca inmediata, unos

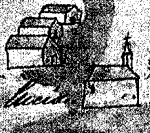
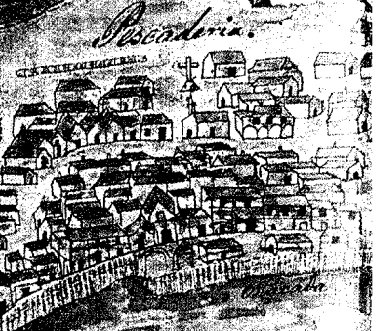
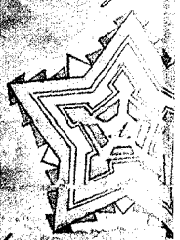
---

(10) BARREIRO FERNANDEZ, José Ramón: *Ob. cit.*, p. 268.

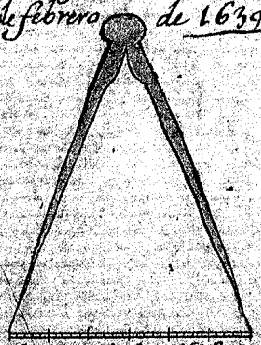


Para el Ex. S. Marques  
De Castrofuente Delos Con-  
sejos de estado y Guerra  
y Capitan General de la  
Artilleria de España

M. A.



Discreption Del Real Presi-  
dio de la Coruña, que por or den  
del Ex. S. or Marques de Bal-  
Parayso Gobernador y Capp.  
General hizo, Don Juan de san-  
tan y Tapia Ingeniero de su Mg.<sup>d</sup>  
y Cavaliero del abito de S. Jorge.  
Cuyacopia se embio a su Consejo  
de Guerra conre la cion del fuerte  
de la letra A. que era forzoso  
hazer para seguridad desta fuerza  
en 2 de febrero de 1639.



50 100 150 200 250 300

con este pie se hizo esta planta y  
cada una de las partes de ella figuran de bala-  
dos pies de a 5. por cada uno.

El  
formado  
y  
por  
hacer.



3.000 (600 soldados), que protagonizaron su acción de forma totalmente desconectada unos de otros. La alusión a los soldados es necesaria ya que estas fuerzas eran las únicas que tenían un escalonamiento orgánico así como los lazos típicos, que se derivan de la convivencia, preparación y disciplina habituales en una unidad. El resto, compañías de las ciudades, de los señores, etc., constituían unos colectivos de utilidad más bien limitada como se deduce de los comentarios de Varela recogidos por Vedía (11) relativos al nombramiento de capitánías: «... *creo que jamás se nombró ninguno por méritos de guerra, ni por decir que la entendía...; en todos no se hallaron dos capitanes que hubiesen sido soldados, ni Alférez, ni Sargento*». Para concluir precisaremos que los soldados pertenecían a personas de la Armada Invencible, que aún permanecía en La Coruña, a dos compañías llegadas de Betanzos, otras dos de portugueses y otras de mosqueteros asturianos.

El armamento individual era el mismo antes detallado, picas, arcabuces y mosquetes, pero así como los ingleses venían preparados para una agresión, los defensores no tenían más que unas disponibilidades limitadas de medios, sobre todo en plomo y cuerda, que no tardarían en escasear (12). La artillería, vital para la defensa, era de distintas procedencias: Armada Invencible, de la ciudad, de rescate de un buque naufragado y totalmente heterogénea, como era habitual. Los datos que se poseen sobre su número y entidad son incompletos e indirectos por lo que no es posible realizar un análisis de detalle de los mismos. Se puede en cambio intentar un acercamiento siguiendo el sistema de análisis comparado, ya utilizado para los medios ingleses, de las referencias cuantitativas que aportan las distintas fuentes. Los datos así obtenidos no pretenden tener más que un valor orientativo para quien se acerque a esta temática.

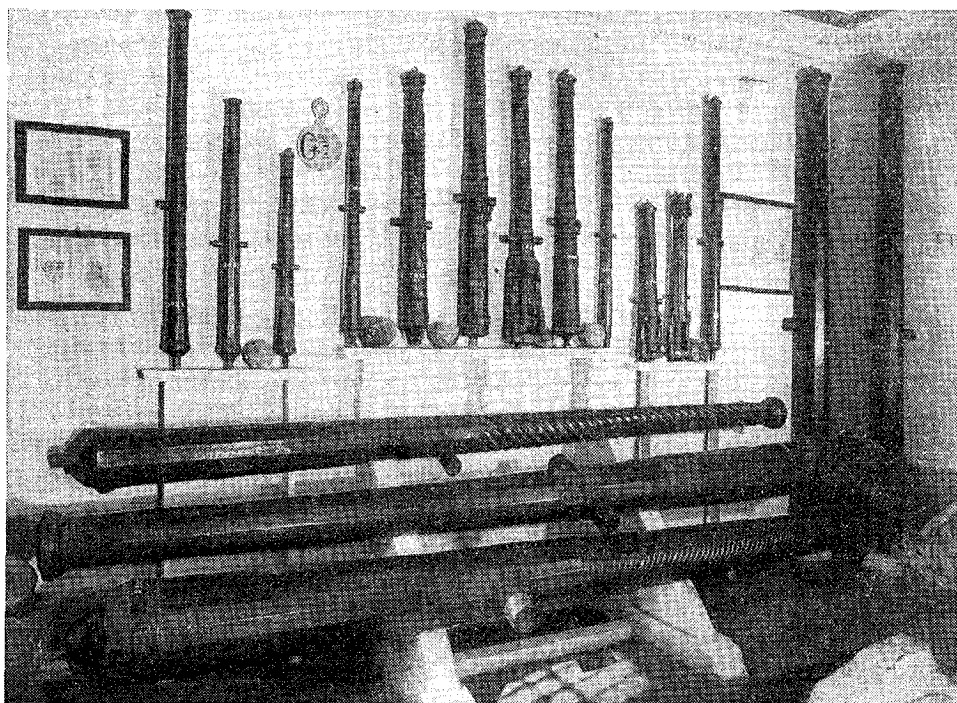
Sabemos que había artillería en el muro de la Pescadería, en el Castillo de San Antón y en la Ciudad (Vicja). En el muro había cinco piezas, las cuales se perdieron al desbordar los ingleses estas defensas. San Antón, «*bien guarnecido y artillado*» según Vedía, estaba todavía en construcción y entonces disponía de diecinueve troneras según Villasante (13), las cuales difícilmente estarían dotadas al completo. Pensamos, por otras citas que más tarde aludiremos, que no habría más de diez o doce piezas, entre ellas pro-

(11) VEDIA Y GOOSSENS, Enrique de: *Ob. cit.*, pp. 88, 174 y 175.

(12) *Ibidem*, p. 60.

(13) RODRIGUEZ-VILLASANTE, Juan Antonio: *Historia y tipología ...*, p. 181.

bablemente el cañón pedrero que consta se fundió, en y para la ciudad, en 1520 (14) y que por sus características «cañón doble» y por la cantidad de metal fundido creemos que sería una pequeña mole que dispararía bolaños de piedra de unas 60 libras (más de 25 kilos), especialmente desagradables para las cubiertas de madera de los buques. Las distancias a las que actúa contra los barcos in-



Culebrinas, medio culebrinas y sacres, del siglo XVI

gleses esta fortaleza nos hace pensar en que no dispondría de materiales de largo alcance como culebrinas. Tendría pues cañones, medios y cuartos de cañón y acaso algunos falconetes con los que rechazaría algunas aproximaciones. Por lo que respecta a la ciudad, sabemos que había cuatro cañones en el Fuerte pequeño de la punta de la muralla, probablemente medios falconetes o ribadoquines, ya que se bate bien a distancias cortas contra lanchones de personal, pero no actúa en ningún momento contra los materiales ingleses que hostigan desde la orilla del mar en el río de la Gaitera. Por su

(14) *Memorial de Artillería*. Tomo VIII, año 1852, «Noticia histórico-militar de la plaza de La Coruña», p. 109.



parte, en la Puerta de Aires se terraplenaron dos cubos para subir a ellos dos piezas a cada uno y acaso ocurriría otro tanto en la Puerta Real. Estas piezas, que actuaron a distancias cortas y próximas y que debían moverse para batir a los asaltantes en sus movimientos, no podían ser materiales pesados. Estamos pensando en medios ribadoquines, tal vez algún sacre. A su vez, en la Fortaleza (el hoy jardín de San Carlos) podría haber algún cañón allí recogido. Todo esto nos arroja un total de unas treinta piezas, que para entonces era una cifra bastante considerable. Pensemos que una plaza como la del Peñón de Vélez tenía en 1576, 17 piezas y que Ferrol, en 1621, disponía de 11 (15). Estamos pues con «*mucha y buena artillería de bronce*», como dice Vedía, que tras la pérdida de la Pescadería se reduce a unas 25 piezas distribuidas en diferentes asentamientos, como ya hemos citado, y con casi nulas posibilidades de interacción entre ellas.

Se debe citar, por último, una cierta escasez de pólvora y las limitadas existencias de bolaños de hierro; «*hubo que echar mano del estaño que se encontró, para hacer balas con él*», dice Vedía, todo lo cual condicionaba las posibilidades de actuación.

No debemos olvidar asimismo a los buques de la Armada surtos en el puerto. Se trataba de tres galeones: «San Blas», «San Juan» y «San Bartolomé», dos galeras y una urca, todos ellos armados y con sus oficiales y dotaciones.

#### *La Coruña: 1589*

Es decir, La Coruña y sus alrededores como teatro de operaciones en la ocasión que nos ocupa (\*).

---

(15) VIGON, Jorge: *Historia de la Artillería Española*. Tomo I; Madrid 1947, pp. 210-211.

(\*) *Nota de la Redacción*: Se publica en las páginas anteriores de esta «Revista de Historia Militar» el plano de La Coruña de 2 de febrero de 1639. Es el primer plano completo que conocemos de La Coruña, su autor es el Ingeniero militar Juan Santans y Tapia, que lo tituló: «*Discreption Del Real Presidio de La Coruña que por orden del Excmo. Sr. Marqués de Balparayso Gobernador y Cppn. General hizo, Don Juan de Santans y Tapia. Yngeniero de Su Mgd. y Cavallero del ábito de S. Jiorge. Cuya copia se enbió a su Consejo de Guerra conrelación del fuerte de la letra A. que era forzoso hazer para seguridad de su fuerça en 2 de Febrero de 1639.*»

Es obvio que La Coruña era un puerto de importancia por su capacidad y posibilidades. El licenciado Molina así lo indica en su estudio de la Galicia de 1550, «*es uno de los mejores de la Cristiandad*». Ciertamente sus condiciones, situación y entidad hicieron que se convirtiera en un punto de escala y lugar de abastecimiento de buques. Llegó a ser uno de los puertos de aprovisionamiento de las flotas de la corona y con este papel fue cobrando relevancia al tiempo que se hacían patentes sus grandes vulnerabilidades en el aspecto defensivo. En el pleito que por no ceder su Real Audiencia sostiene Santiago de Compostela en 1563 ante Felipe II, se dice de La Coruña: «*que como la dicha ciudad es flaca, en tiempo de guerra, correría mucho riesgo residir en ella la Audiencia, é para su guarda é defensa, se habían de gastar muchas quantías de maravedís*» (16). Realmente el propio monarca, que conocía esta debilidad, se proponía vitalizar a la ciudad, a partir de la presencia de la Audiencia:

«... su abatimiento y decadencia iban creciendo en términos de exponerla en una guerra a los insultos del enemigo, por falta de vecindario que la defendiese...».

No es de este lugar tratar sobre las vicisitudes de la población rural y urbana a lo largo del quinientos; en cualquier caso parece que la ciudad no pasaba por su mejor momento, lo cual no era extraño cuando la peste hacía estragos por doquier tras una corta cosecha de cereales. Domínguez Ortiz nos dice que: «*en 1569 se cerró la Universidad de Santiago, y la Audiencia de La Coruña anduvo huyendo de una parte a otra para esquivar el terrible contagio; no volvió hasta el año 1572*» (17). Así pues, en el año que nos ocupa, 1589, estaría en plena recuperación y habría rebasado los 4.000 habitantes (18), distribuidos entre ciudad y Pescadería, ésta más poblada.

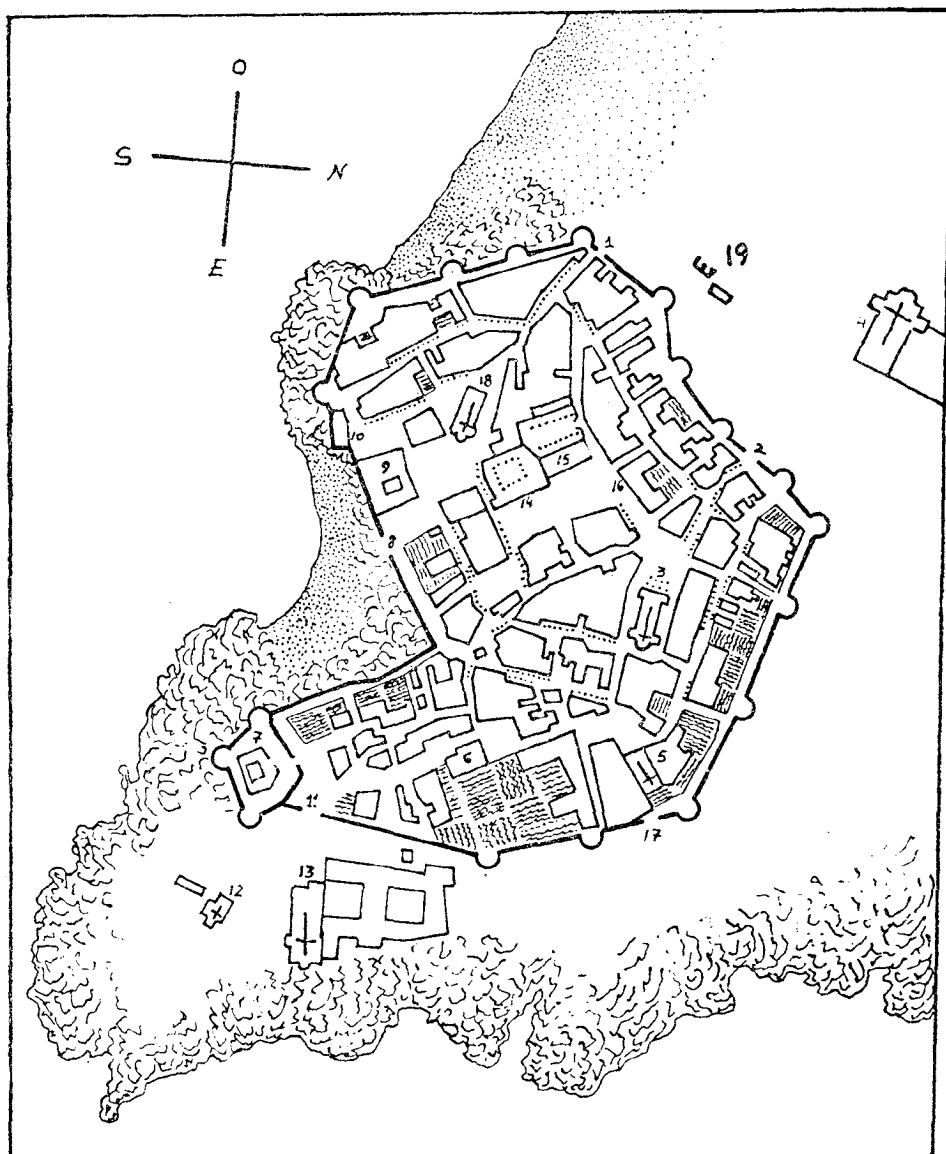
Empezamos por la Pescadería, arrabal bullicioso, activo, con tiendas, figones, almacenes, callejas y huertos cercados, que se tendía a lo largo del istmo hasta la actual calle Juana de Vega, donde un «flaco» muro de piedra y barro cortaba el istmo cerrando la población en una longitud de unos 585 metros, débil obstáculo defensivo de algo más de tres metros de alto en unas partes y tan

(16) MURGUIA, Manuel y VICETTO, Benito: *Historia de Galicia*. Tomo VI. Ferrol 1872, p. 346.

(17) DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio: *El Antiguo Régimen: Los Reyes Católicos y los Austrias*. «Historia de España», Alfaguara III. Madrid, 1977, p. 71.

(18) Cfr. DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio: *Ob. cit.*, pp. 70 y 80, y BARREIRO FERNANDEZ, José Ramón: *Ob. cit.*, pp. 187 a 190.

# PLANO CONJETURAL DE LA CORUÑA EN EL SIGLO XVI



## EXPLICACION:

1. Puerta de la Ciudad o del Mercado.
2. Puerta dos Ares.
3. Iglesia de Sta. María del Campo.
4. Convento de Santo Domingo.
5. Convento de Santa Bárbara.
6. Casa de la Moneda.
7. Fortaleza.
8. Puerta del Parrote.
9. Casa particular en que se instaló la Real Audiencia.
10. Cárcel Real.
11. Puerta de San Francisco.
12. Ermita de Santispiritus.
13. Convento de San Francisco.
14. Casa del Conde de Lemos.
15. Casas Consistoriales.
16. Casa de los Sres. de Montaos.
17. Puerta de Santa Bárbara.
18. Iglesia de Santiago.
19. Fuente del Mercado.

bajo en otras que «*se llegaba a él con la mano*» (19), y con un grosor de poco más de dos metros y medio; tenía dos puertas, que se abrían a los dos únicos caminos de importancia, la de Arriba o de Santa Margarita al camino real a Bergantiño que subía a la fuente de Santa Margarita y seguía hacia Pastoriza y Arteijo. La de Abajo o de la Torre del fuerte del Malvecín, por donde salía el camino real de Castilla, que por el barrio de Garás va a Monelos, sube la cuesta del monte Eirís y desciende al Portazgo, donde se divide en dos ramales, derecha a Santiago e izquierda, por el puente del Burgo, a Madrid. Debemos reseñar, porque van a ser aludidos, el arenal de Oza, el cerro del Pasaje, puente Gaiteira y, como no, la Punta de Mera y Santa Cruz. Volviendo a la Pescadería, hay que concluir diciendo que no tenía más defensas que las del muro citado y la seguridad que le proporcionaba la propia naturaleza por la parte del Orzán, «*siempre insegura y tormentosa por su desabrigo y esposición a los vientos del cuarto cuadrante ... que hace muy difícil la aproximación de botes y lanchas a su orilla*» (20).

Y pasamos a la Ciudad Vieja. Edificada sobre un roquedal, la muralla de fábrica y hechuras medievales, salpicada de airosos cubos circulares, seguía los notables desniveles del terreno. Desde la Puerta Real subía por una empinada cuesta hasta la Puerta de Aires (frente a la Farmacia Militar). A sus pies se extendía la plaza del Mercado y pegados a la muralla varios almacenes de víveres.

De la Puerta de Aires salía un camino que bordeando el alto de Santo Tomás dejaba a su izquierda el convento de Santo Domingo. Este alto de Santo Tomás (cuartel de Atocha) estaba a menos de cien metros de la muralla; ésta seguía después hacia abajo la dirección aproximada de la actual calle de la Maestranza, descendiendo hasta la Fortaleza (jardín de San Carlos). Fuera de las murallas, al igual que Santo Domingo, estaba el convento de San Francisco (zona del Parque de Artillería). Inevitable es aquí la alusión a la cita recogida por Estrada Gallardo de la disposición de Alfonso IX (1220): «*non recipiat in suam villam pro vicinis milites nec fratres*», que explica la localización de estos conventos extramuros y manifiesta una singular presciencia respecto a la de los cuarteles actuales. El terreno exterior entre muralla y costa peñascosa y brava, era muy estrecho para desplegar unidades a cubierto y organizar un ataque en fuerza. Sólo la proximidad del

(19) VEDIA Y GOOSENS. Enrique de: *Ob. cit.*, p. 67.

(20) MEMORIAL DE ARTILLERÍA: *Ob. cit.*, pp. 107-115.



convento de San Francisco podría crear problemas caso de ser ocupado por el enemigo.

Desde la Fortaleza y bordeando la costa y playa del Parrote (la Solana) llegaba hasta el fuerte pequeño de la punta de la muralla y desde aquí iba recta hasta la Puerta Real sobre los peñascos de la orilla.

El Castillo de San Antón por su parte estaba inconcluso, pero tenía terminado lo más importante, sus baterías y defensas. La isla era accesible, no sólo en su arribo normal desde tierra, sino en todo su entorno con barcas, pues tenía muchos lugares donde desembarcar.

Por lo que respecta a la muralla de la Ciudad Vieja, como defensa sabemos que tenía notables deficiencias y poca fortaleza para el combate de la época. Las quejas son comunes en los especialistas: «muralla sencilla», «construcción muy vieja y mala», «sin que haya lugar para llevar por ellas un cañón», «la intermediación de las casas de la ciudad no permite hacer terraplenes», «en muchos sitios no se puede subir a ella», los muros eran bastante estrechos y tanto que no había comodidad para sentar las piezas. Sabemos incluso que en algunos puntos asomaban los tejados de las casas por la muralla.

Dentro de este vetusto recinto que cobijaba habitualmente algo más de 1.500 almas, se iba a encerrar toda la población de una ciudad angustiada pero decidida a vender cara su suerte.

### *EL ASEDIO: TÁCTICA Y USOS MILITARES DE LA ÉPOCA*

Se inicia aquí el análisis detallado de lo sucedido durante los quince días que duró el asedio. No se trata de hacer un relato de los hechos, ese testimonio ya nos ha sido legado por ilustres plumas, la cuestión ahora es explicar los porqués de esos hechos, de esas formas de actuar, en un intento de profundizar en la esencia de las razones que llevaron a los contendientes a actuar como actuaron, todo ello, naturalmente, a la luz de la táctica y los usos y costumbres de la época.

Para este estudio articularemos los hechos en cuatro tiempos o fases, a saber: hasta la caída de la Pescadería; preparación del ataque a la Ciudad Vieja; el asalto y la defensa; últimas acciones y retirada. Las cuales pasamos a analizar.

### *Hasta la caída de la Pescadería*

El día 4 de mayo, a primeras horas de la mañana, el Gobernador y Capitán General, marqués de Cerralbo, tuvo noticia de que al amanecer había llegado un correo procedente del Puerto de Bares con un mensaje urgente. El marqués, que tenía una reunión para tratar asuntos de justicia, recibió el pliego y ante la insistencia de los oidores y ayudantes para que lo abriese, consta, según Vedía (21), que «*se sonrió y sin hacer caso de cuanto le decían, siguió al tribunal*» y sigue «*... leyó el papel y con ademán indiferente, comunicó a los ministros de la Real Audiencia el aviso... y fué en vano que todos le apurasen a dejar los negocios del momento y dictar las prevenciones oportunas ... porque no lo tomó como cosa seria...*».

El pliego decía sustancialmente que a las seis de la tarde (del día anterior) se habían descubierto gran número de navíos grandes y pequeños.

El regidor de Bares había cumplido puntualmente con su obligación de avisar del peligro, ya que el Capitán General era la autoridad a alertar, como cita Vázquez Gómez:

«La defensa de costas (seguía) siendo una de las principales preocupaciones del Capitán General y por su mano pasaban todas las órdenes y medidas defensivas encaminadas a este fin, sin ninguna distinción entre el mando de Marina y de Guerra, que caía todo bajo su potestad» (22).

Por otra parte no encendió fuegos en Bares ya que las velas navegaban por el horizonte alejándose hacia el SSO, según la hipótesis citada. El correo debió de llegar exhausto a La Coruña

(21) VEDIA Y GOSENS, Enrique de: *Ob. cit.*, p. 62.

(22) VAZQUEZ GOMEZ, José: «*Origen y creación de la Capitanía General y Real Audiencia de Galicia*», en «*Quinientos Años de la Capitanía General de Galicia*». Estella (Navarra), 1985, p. 9.

después de cabalgar durante toda la noche, ya que Bares distaba unas 15 leguas, es decir unos 110 kms., de esta ciudad y las jornadas normales por postas eran de 130-140 kms. diarios... (23).

La cuestión es que, pese a todo, el aviso no fue tomado en consideración, ni tampoco se inmutó el marqués cuando, poco después, en plena reunión de la Audiencia, fue informado de que se había encendido una gran hoguera en el cabo Prior. Se ponía así en marcha el conocido sistema de alerta costera ante un peligro: tantas hogueras como velas (barcos) en los lugares atalaya y un fuego grande caso de ser muchos buques. También aquí se hizo lo correcto pues dadas las referencias horarias en relatos de la época, vemos que, pese a que el vigía de cabo Prior, nada más amanecer, se encontró ante sus asombrados ojos con un mar de velas al norte de la playa de Santa Comba (Cobas-Ferrol), no prendió los fuegos hasta que, una hora después y rebasando cabo Prior, la Armada cambió totalmente de rumbo poniendo proa al Sur, señal inequívoca de que se dirigía a un puerto de la zona.

Aún estuvo el Capitán General «*con el mayor sosiego*» tratando sobre el pleito hasta que cerca de dos horas después, según Vedía, «*trató de poner atención en lo que urgía*». A este tiempo ya había varios fuegos por la costa, entre ellos uno en la Torre de Hércules y otro en la Fortaleza (jardín de San Carlos) para aviso de las aldeas próximas a La Coruña.

Se sucedieron, en fin, las disposiciones de todo tipo. Las dos galeras surtas en el puerto salieron para hacer un reconocimiento y una vez confirmada la identidad del enemigo, a la distancia, regresaron. Se formaron las compañías disponibles, se distribuyeron entre los barcos, la ciudad y San Antón y se dio puntual cumplimiento al dicho popular: «*Barco a la vista... ¡pólvora lista!*»; mientras la gran armada inglesa avanzaba favorecida por un nordeste fresco se tomaron las siguientes medidas:

- Colocar las dos galeras detrás de San Francisco y hacia San Antón para impedir un desembarco en esa zona.
- Desplegar los tres galeones y la urca delante de la Marina para proteger el lateral de la Pescadería.
- Disponer la artillería del Castillo de San Antón para combatir.

(23) DOMINGUEZ ORTIZ, Antonio: *Ob. cit.*, pp. 97-98.

Sobre las 11,30 rebasó la Punta de Mera ciñéndose todo lo posible a esa parte de la bahía. A las 12,00 la Capitana, que iba en cabeza, pasó por el través de San Antón llevando en su estela a toda la escuadra en formación «line ahead», es decir, uno detrás de otros. Esta formación había sido ensayada por los ingleses el año anterior y con éxito, para combatir a la Armada Invencible. Unos años más tarde será sancionada como norma de batalla por Sir Walter Raleigh (24). Los buques penetraron en el saco de la bahía pegados a la costa de Santa Cruz, visto lo cual las dos galeras cambiaron su posición junto a San Antón pasando a completar la formación defensiva en «crescent», los seis buques españoles en la Marina desde la altura del barrio de Santa Lucía, con los galeones San Juan y San Bartolomé. Durante estos movimientos el Castillo de San Antón hizo varios disparos contra la Capitana pero los ingleses navegaban en los límites del alcance de los cañones españoles, lo cual también había sido ya practicado meses antes en el canal de la Mancha contra la Armada de Medina Sidonia. En varios duelos artilleros los buques ingleses se limitaron a situarse fuera del alcance de los nuestros mientras disparaban sus materiales con mayor alcance. Está demostrado (25) que la artillería británica de los buques de entonces era más ligera y tenía más alcance que la española.

¿Por qué no hizo fuego la escuadra invasora contra San Antón? Realmente no tenía objeto pues el enemigo traía unos planes rigurosamente estudiados que pasaban por poner rápidamente en tierra a una buena parte del ejército por encima de cualquier cuestión, máxime cuando los fuegos del castillo, como suponían, no les afectaban. Comenzaron a fondear los buques y simultáneamente se empezó a echar gente a tierra.

Parece oportuno dar unas ideas sobre la táctica que seguían los ingleses para el ataque a una plaza fuerte marítima. Siguiendo al Almirante Martínez Valverde se pueden sistematizar tres fases:

- Fase previa.

- Presentarse con superioridad abrumadora en la mar.
- Reconocer el litoral a distancia fuera de tiro. Intentar confirmar los cañones de la defensa.

(24) Cfr. MARTINEZ VALVERDE, Carlos: «*La gran Armada contra Inglaterra (1588)*», «*Revista de Historia Militar*», núm. 61 (1986), pp. 25-26.

(25) LAPEYRE, Henri: *Las monarquías europeas del siglo XVI. Las relaciones internacionales*. Barcelona, 1975, p. 267.

- Bloqueo de las salidas por mar.
  - Descubierta de algún buque.
  - Batirse al cañón, a veces.
- Fase de desembarco.
- Buscar una playa de desembarco algo alejada y lateral respecto al objetivo, eludiendo fuertes y castillos.
  - Si se percibe alguna oposición en la zona se bombardea.
  - Desembarcar, preferiblemente, al amanecer, en lanchas, con mucha gente y cañones.
- Fase de sitio.
- Montar campamento próximo a la playa.
  - Continuar desembarcando material y tropas.
  - Hacer baterías y bombardear sistemáticamente los fuertes para abrir brechas y derribar murallas.
  - Controlar puntos importantes y comunicaciones de la zona.
  - Los buques se cañonean con los fuertes (a veces).
  - Asalto en varias columnas con abundantes fuerzas.

Puede decirse que el ataque a La Coruña fue un ataque «de libro», ya que todas estas premisas se cumplieron puntualmente en su momento.

Pues bien, sobre la una de la tarde los ingleses comenzaron a desembarcar a su ejército en esa playa alejada del objetivo y no defendida, que resultó ser la playa de Oza, lugar obviamente seleccionado de antemano como evidencia la situación de la flota. De la misma forma estaban previstos con toda precisión cada uno de los movimientos de las unidades en tierra, que van a seguir.

Hasta la seis de la tarde se estuvo desembarcando gente mientras nuestras dos galeras hicieron unos tímidos intentos para in-

terferir la operación. Las unidades inglesas tomaron rápidamente las alturas dominantes en la zona, Picoto del Pasaje y monte de Eirís y se extendieron por el camino real de Santiago, formando escuadrones y bloqueando por esta parte las salidas a Santiago y Betanzos (Madrid) (26).

Nuestras escasas fuerzas de infantería no estaban inactivas. El Gobernador, que había comprendido las intenciones británicas y que sabía que la primera medida del enemigo era cortar las líneas de comunicaciones para aislar la plaza y someterla a la operación militar habitual de entonces, el asedio, dispuso que saliese una fuerza escogida de 150 arcubuceros al mando de dos oficiales profesionales que entonces estaban en La Coruña y cuyos nombres saldrán a relucir repetidas veces, el Capitán Troncoso y el Sargento Mayor De León, para ocupar el alto de Santa Lucía y el puente Gaiteira en misión de impedir o retardar el avance inglés. Con ellos salió el propio Capitán General. Al tiempo se ordenó que desembarcasen las compañías de las galeras «*pues en la Ciudad había poca fuerza*» y que los buques y el Castillo apoyasen con el fuego.

No tardó en producirse una escaramuza pues los ingleses avanzaban de forma inexorable y se encontraron con los nuestros en puente Gaiteira. El encuentro fue duro y obligó al enemigo a combatir de firme y emplear en este punto varios escuadrones que eran insistentemente hostigados por el fuego de los cañones de nuestros galeones y galeras próximos al lugar, mientras desde San Antón se disparaba contra los navíos intentando hacer algún daño. Fieles siempre los ingleses a actuar por más de un punto a la vez enviaron un escuadrón a Nelle con lo que desbordaron a nuestras avanzadas al tiempo que cerraban el camino real a Bergantiños. De cualquier forma la misión de nuestras fuerzas ya se había cumplido, pues se había ganado un tiempo precioso.

Vedía dice que este lance «salvó a la marquesa de Cerralbo y varias familias de odores de la audiencia que salían de la ciudad (suponemos que por el camino a Bergantiños), pero tan tarde que a no haber tenido el enemigo harto que hacer, las hubiera seguido y habido a las manos».

---

(26) El escuadrón era una formación militar para el combate que se hacía cuando el enemigo estaba próximo y que consistía en formar una serie de filas y columnas con arreglo a un orden numérico determinado, componiendo un cuadro perfectamente regular y compacto. Era muy densa y participaban en ella varios centenares de hombres. Para este tema, vid. QUATREFAGES, René: *Los Tercios*. Madrid, 1983, pp. 234 a 248.

El caso es que esa salida de 150 arcabuceros al mando del Capitán Troncoso sólo consiguió retardar el avance inglés en puente Gaiteira, pero desbordados por el norte y visto el peligro de quedar envueltos por el enemigo que llegaba a Nelle, el marqués dio orden de retirada, la cual se hizo correctamente, aguantando y sosteniendo la presión de la infantería inglesa, hasta que cerca del paredón de la Pescadería ésta se detuvo ante la presencia de cañones en el muro. Se cerraron las puertas de Arriba y de Abajo de la Pescadería y La Coruña se encerró en sí misma.

El proceso era ya irreversible y al anochecer los ingleses habían cortado todos los caminos de acceso a La Coruña, instalando cuerpos de guardia en los mismos. Esto era preceptivo en campaña para que nadie saliera o entrara sin ser visto. Se colocaban centinelas dobles, algo avanzados, para asegurar la vigilancia y para poder llevar noticias a la guardia sin descuidar la silenciosa obligación del centinela.

Durante la noche de ese día 4 se produjo el episodio de la llegada de las dos compañías de Betanzos, que estuvieron a punto de retirarse ante el cerco de los ingleses, pero que gracias a un conocedor de la comarca consiguieron pasar dando la vuelta por Riazor, no sin antes toparse con una guardia con la que tuvieron que combatir y a la que tomaron algunos prisioneros. La alarma estaba dada y a duras penas llegaron a la Pescadería, no sin antes *«deshacerse de los que llevaban cautivos quitándoles la vida (degollándolos) y renovando sus esfuerzos, lograron al fin abrirse camino a hierro»* (27). Esa noche todas las unidades disponibles, incluidas las compañías de Betanzos, tomaron posiciones y, distribuyéndose a lo largo del Caramanchón, quedaron guardando el muro de la Pescadería, no sin que el Gobernador hubiese de imponer su criterio, pues los capitanes proponían que se abandonase ese lugar dada su debilidad y limitaciones, ya que apenas si podían desplegar dada la estrechez del muro. El marqués concretó su idea, que iba a marcar toda la actuación posterior de la defensa, diciendo: *«... que no era justo entregar la tierra al enemigo, sin resistencia»* (28).

A la mañana siguiente los ingleses comenzaron a preparar el ataque a la Pescadería, para ello necesitaban neutralizar a los ga-

(27) VEDIA Y GOOSENS, Enrique de: *Ob. cit.*, p. 67.

(28) *Ibidem*, p. 67.

leones próximos y a tal fin procedieron a desembarcar tres piezas de artillería que una vez emplazadas a la orilla del agua, en puente Gaiteira, comenzaron a batir a los dos navíos, tan inmediatos que eran alcanzados por el fuego de los mosquetes de la infantería inglesa. Se produjo un violento intercambio de disparos en esta zona y al mismo tiempo los buques ingleses la emprendieron contra el Castillo de San Antón para evitar que éste apoyase a los galeones, enzarzándose castillo y buques en un combate al cañón. Nuestros barcos consiguieron poner fuera de combate a dos de las piezas citadas, pero imposibilitados para maniobrar y con abundantes daños, recibieron orden de desembarcar a su gente y prender fuego a los navíos como así se hizo, mientras el resto de los buques españoles pasaba al otro lado del Castillo de San Antón, frente a San Francisco.

Por la tarde las dos galeras regresaron a las cercanías del puerto y pidieron nuevas órdenes, contestándoseles que siguieran con la que tenían «y a la que habían faltado» (29). Ante esto los buques decidieron retirarse y así lo hicieron, marchando para la ría de Ferrol y Betanzos, al parecer a buscar socorros. El caso fue que esta decisión dejó a los ingleses dueños absolutos de la bahía y trajo como fatal consecuencia que el flanco de la Pescadería quedase totalmente al descubierto, así como todo el resto del litoral de la Ciudad Vieja, y abierto para los lanchones de desembarco.

Se replanteó el despliegue de la defensa colocando dos compañías por la parte de costa exterior de la Ciudad Vieja y hasta seis a lo largo del muro de la Pescadería, encargando a los capitanes profesionales, del ejército de la Armada Invencible los extremos del paredón, Troncoso al sur, en la Puerta de Abajo, Torre del Malvecín y De Luna al norte, en la Puerta de Arriba.

El ataque se realizó durante aquella noche. Los ingleses planearon una maniobra de distracción en San Antón y una acción combinada de doble efecto consistente en un ataque simultáneo al muro y un desembarco en la Pescadería para coger por detrás a las defensas, cortando su retirada a la Ciudad Vieja. Sobre las diez de la noche se inició la acción. Cuatro navíos dieron una pasada a

---

(29) Manuscrito «Relación del cerco que el Exercito y la Armada Nabal Ynglesa de que heran Generales Enrique Norris Y Francisco Draque, pusieron a la ciudad de La Coruña el año de 1589». Anónimo; manuscrito copiado en octubre de 1833. Día 5.



San Antón a corta distancia, intercambiando fuego de artillería y mosquetería. El Castillo les disuade de mayores empresas y los buques se retiran. Entre tanto en el muro se toca alarma pues se ha oído rumor de lanchas remando hacia la Pescadería. Estas, que venían a desembarcar en las proximidades del muro, al oír los gritos y ruidos de la alerta optan por irse algo más al centro de la Pescadería, poniendo pie en tierra en la zona que hoy ocupa el Teatro Colón; aquí se encuentran con alguna resistencia pues el propio marqués, al sentir el alboroto, había bajado de la Ciudad con una compañía, dándose de manos a boca con los ingleses a los que plantó cara. La escaramuza duró bien poco ante la abrumadora superioridad numérica del enemigo que los acosó hasta la misma Puerta Real a donde se acogieron con dificultad. A todo esto el ejército inglés había desencadenado el ataque al muro y cargado con violencia en toda su longitud; echando escalas y cañoneando las puertas, logró vencer la resistencia desbordándola por la parte de arriba, mientras se acercaban por detrás las fuerzas desembarcadas en la Pescadería que atacaron por el centro con un griterío enervante. Cedió así la defensa y nuestros hombres se retiraron hacia la Ciudad Vieja en el mayor desorden, mientras resonaban los cañonazos y los gritos angustiaban la oscuridad de la noche. Nos dice Vedía *«que la retirada fue una huida y desbarate completo»*. Las pérdidas fueron importantes: *«entre presos y muertos de la infantería ... con sus cabezas, hasta 70 y de los de la tierra más de 200»* (30). Se consiguió meter dentro de las murallas alguna artillería de El Malvecín, se perdió la que había en la playa y se quedaron fuera dos capitanes, uno de ellos con toda su compañía, y varios oficiales.

Los ingleses se extendieron rápidamente por la Pescadería y en la salida de sus dos calles a la plaza del Mercado pusieron dos banderas de guardia, otra subió al alto de Santo Tomás quedando así la muralla bajo su vigilancia a unos ochenta o cien metros de distancia.

Serían sobre las tres de la madrugada cuando la situación quedó estabilizada, produciéndose entonces un hecho que sin duda tuvo repercusiones negativas para los ingleses. Nos referimos a la bacanal organizada a continuación en la Pescadería, donde los instintos fueron saciados y el saqueo y la violencia entretuvieron a los invasores el resto de la noche. Como dice Barreiro: *«no tenien-*

---

(30) *Ibidem*, noche del día 5.

do por el momento otra cosa que hacer se dedicaron a beber el vino almacenado para la Armada, emborrachándose» hasta perder el conocimiento (31); y añade Vedía: «circunstancia a la que más que ninguna otra debió la ciudad su salvación» (32), pues perdieron la oportunidad de aprovechar a su favor un momento crítico de la defensa que entonces intentaba organizarse dentro de las murallas de la ciudad.

Sin embargo esta detención debía estar prevista como aliciente, o premio, caso de que las fuerzas inglesas consiguiesen tomar el arrabal. El duque de Alba, antes de atacar Malinas, en 1568, les había prometido a sus tropas «darles tres días buenos» (33), como así hizo, autorizando un saqueo exhaustivo de la ciudad. La actitud de los ingleses aquella noche del 5 de mayo hace pensar en que el General Norris adoptó una decisión similar, muy lógica por otra parte, pues no olvidemos las condiciones en que estaban sus fuerzas después de la odisea pasada en su larga y dura navegación, y a las que esperaba a continuación, el sitio y asalto a una ciudad fortificada. En cualquier caso los británicos se ajustaron a una norma de entonces que prohibía desbandarse a las tropas antes de que hubiese cesado toda resistencia. Establecidos ante las murallas y cerrados tras ellas los defensores, ningún obstáculo separaba ya a los invasores del premio prometido.

### *Preparación del ataque a la Ciudad Vieja*

Durante esa noche el Gobernador organizó la defensa distribuyendo la responsabilidad por trozos de muralla. Que la zona de la Puerta de Aires era la más sensible nos lo pone de manifiesto el que esa parte se le encargase al ya citado Capitán Troncoso. Asimismo, se reparte a toda la gente disponible de la ciudad, para distintas misiones, con lo que dice Vedía: se unió «al valor y disciplina militar, el brío que inspira siempre a los ciudadanos la guarda de sus familias y hogares» (34).

Al día siguiente, día 6, el enemigo ya había desembarcado diez o doce mil soldados y el marqués recibe las primeras noticias de

(31) BARREIRO FERNANDEZ, José Ramón: *Ob. cit.*, p. 268.

(32) VEDIA Y GOOSENS, Enrique de: *Ob. cit.*, p. 71.

(33) Cit. por QUATREFAGES. René: *Ob. cit.*, p. 375.

(34) VEDIA Y GOOSENS, Enrique de: *Ob. cit.*, p. 72.

refuerzos. Se trata de unos 1.400 hombres del conde de Andrade y del señor de Betanzos, que llegan con sus hijos y hermanos y otros caballeros con una típica leva medieval de campesinos, 200 portugueses y 400 mosqueteros asturianos. De la valía de estos refuerzos da idea el intercambio de mensajes que se cita:

- De los señores al marqués: que envíe capitanes «... pues aquello estaba en el mayor desorden y cada uno hacía lo que quería sin respeto a la ley y disciplina militar...; que les envíe pólvora y balas pues carecían de ellas...».
- Respuesta del marqués: que se mantengan en El Burgo «hasta que llegase más gente y pudiesen emprender alguna cosa de provecho»; en cuanto a las municiones dice «no poder darles ninguna porque eran de mucha necesidad y no eran muy abundantes en la plaza» (35).

A todo esto los ingleses van a iniciar su actividad contra la plaza. La táctica de entonces propugnaba que una vez bloqueadas sus comunicaciones con el exterior debía ser batida antes de asaltarla, todo ello caso de que no aceptase las propuestas de rendición previas. El batido de la plaza se hacía para abrir brechas en las murallas y poder lanzarse al asalto. Era responsabilidad de artilleros y minadores; los cañones y las minas debían hacer el trabajo. Una cuestión de gran trascendencia era la elección del lugar para plantar la artillería y hacer batería. Se hacía en función del terreno y de las murallas y en la decisión participaban el jefe del ejército y los de las unidades y medios que iban a ejecutar la operación. Desde ese lugar, generalmente dominante sobre la plaza «los cuales lugares se debe de procurar que ellos por su naturaleza sean altos y fortalecidos», hasta el campamento, se hacían trincheras para facilitar la circulación de personal y materiales.

El día 6 por la mañana y posiblemente celebrado tal consejo de guerra en el alto de Santo Tomás, lugar idóneo por su proximidad y situación respecto a las murallas, se ordenó que se tendiesen trincheras de pipas desde la terminación de la Pescadería. Los trabajos fueron dificultados desde la muralla con fuego de hostigamiento de artillería y mosquetería. Al mediodía consiguen pasar hasta seis banderas y meterse en el convento de Santo Domingo, inmediato al alto. Llegó el turno de los minadores y del

(35) *Ibíd.*, pp. 85-86.

reconocimiento del terreno para acometer la penosa labor. No debió de ser fácil la decisión a la vista del comentario que Esteban Gallardo recoge del ingeniero Spanochi poco después del episodio: «... *no había de donde sacar la tierra, pues toda la península era de 'peña viva durísima', a flor de tierra en muchas partes*» (36). El caso es que los ingleses tenían decidido minar, es decir, cavar y hacer un túnel bajo tierra hasta las murallas para volar éstas; trabajo duro y delicado pues su éxito o su fracaso incidía decisivamente en la duración y éxito del sitio; dice Collado: «*habiendo buen suceso, la mina facilita en gran manera cualquier asedio y mucho ofende al enemigo y le hace estar penoso*» (37). Así pues, el día 6 se comenzó a cavar dentro del convento de Santo Domingo y, llamo la atención sobre este dato, hasta el día 12 al mediodía en que la mina estuvo lista, se trabajó de forma ininterrumpida día y noche. Concretamente la noche del día 6 ya se pasó tensa y vigilante en las murallas pues se oían ruidos en Santo Domingo.

Al día siguiente, 7, el enemigo colocó un esmeril (pieza ligera de artillería) y algunos mosquetes en el campanario del convento, desde donde se dedicó a disparar contra las murallas. Esta acción no tenía finalidad destructiva sino de hostigamiento y prohibición para evitar que los sitiados pudieran darse cuenta de los trabajos que se estaban realizando en el alto y en el convento. También se seguían así las directrices de la época: «*Y para más entretener a los de dentro ... mientras que se planta la Artillería, tocar en diversas partes arma y entretenerlo con escaramuzas, como se usa*» (38). Por su parte la defensa tomó sus medidas para combatir el peligro y decidió instalar dos piezas en el cubo de la derecha de la Puerta de Aires para poder batir al convento. A tal fin y dados los problemas ya citados de la muralla, hubo de terraplearse ese cubo, tarea que llevó toda la mañana bajo un pésimo tiempo, un agotador trabajo soportado sobre todo por las mujeres «*que a nada se negaban*». A las cuatro de la tarde se subieron las piezas de artillería y tras unos cañonazos se derribó parte del campanario. Los ingleses continuaron más tarde su hostigamiento desde las ventanas de la iglesia. Durante el resto del día 7 las mujeres prosiguieron trabajando en la construcción de fajas y sacos terreros «*para los reparos*». Esa noche también fue de vigilia pues

(36) ESTRADA GALLARDO, Félix: «*Datos para la confección de un atlas histórico de La Coruña*», en Revista Instituto «José Cornide», núms. 5 y 6 (1969-70), p. 50.

(37) COLLADO, Luis: *Plática Manual de Artillería*. Milán, 1592; ed. facsímil. Madrid, 1985, p. 62.

(38) *Ibidem*, p. 53v.

«se oyó trabajar de carpintería en la Iglesia del convento sin poderse acertar si era prevenir puntales o escalas y mantas para la muralla». Los acontecimientos posteriores nos dicen que trabajaban en lo primero y con la debida atención a las normas, como se puede ver:

«Hase de notar, que ... porque los golpes de los mazos no se oigan cuando la Mina se una apuntalando, se acostumbra de tener ya hechos ciertos encajes de madera, con que pieza por pieza se van metiendo en obra, sin que el enemigo sienta golpe ni martillada» (por dentro de la mina) (39); este trabajo de hacer puntales era fundamental para la construcción, «se debe de usar de diligencia en irla apuntalando y no solo el cielo de la mina, pero aún los lados de ella» (40).

Otra obra de gran importancia que los invasores estaban llamados a hacer era la de la plataforma y trincheras para establecer la batería de artillería. También se comenzó ese día y durante los dos siguientes se trabajó en ella; consistía en construir unas explanadas de madera con cierta inclinación para compensar el retroceso de la pieza:

«Aquel lecho compuesto de tablones y de maderos ... sobre los cuales juega la Artillería ... se llama comúnmente, una Plataforma ...; se hacen de madera para que las ruedas de las piezas no se hundan y se atasquen en el suelo ... La largueza ... ha de ser tanta como dos veces y media ... el cañón de metal sin su caxa. Y la ancheza será tanta como una pieza y media ... De manera que tenga tanta plaza alrededor de ella, que la gente pueda caminar libremente por servicio del artillería y que ... apartada de sus vecinas ... no se den fuego las unas a las otras» (41). Esta estaba protegida en su asentamiento con «blindes» o fajinas «lo cual se ha de hacer en toda la obra, porque estas son de importancia grandísima ... y resisten maravillosamente a las balas de artillería» (42).

En este cerco la batería se hizo, como sabemos, en el alto de Santo Tomás y en Santo Domingo a caballo de los cien metros de distancia de las murallas, distancia óptima entonces: «A pesar de ser (en teoría) 900 pasos el alcance de los cañones, parecía mejor aprovechamiento de la batería cañonear el objetivo a 100 ó 200 pasos» (43), nos dice Quatrefages. Las distancias cortas siguen

(39) *Ibidem*, p. 63v.

(40) *Ibidem*, p. 64.

(41) *Ibidem*, p. 57v y Cfr. QUATREFAGES, René: *Ob. cit.*, p. 209, y *Armamento de los ejércitos de Carlos V en la Guerra de Alemania*. Servicio Histórico Militar, p. 39.

(42) COLLADO, Luis: *Ob. cit.*, pp. 56v y 92. Cfr. VIGON, Jorge: *Ob. cit.*, p. 42.

(43) QUATREFAGES, René: *Ob. cit.*, p. 250.

persistiendo a lo largo del tiempo como algo normal y aconsejable; en el siglo XVIII Morla, entre otros principios, fija el de emplear la artillería entre 250 y 500 metros, donde se hace más daño a los enemigos a pie.

Los defensores, durante estos días, hicieron fuego de artillería y arcabucería desde la Puerta de Aires contra los que trabajaban en la plataforma y desde la Puerta Real contra la Pescadería. Los ingleses comienzan a desembarcar su artillería para el sitio y la llevan lentamente a Santo Tomás por camino cubierto. Según los datos de que disponemos el transporte de los cañones era una tarea muy trabajosa y como referencia podemos citar que uno de a 20 libras podía pesar de 25 a 30 quintales, es decir, entre 1.000 y 1.500 kgs. y medir más de dos metros de longitud; todo ello hacía necesario un tiro de unos seis bueyes o más de doce caballos (44).

Pues bien, a las cuatro de la tarde del día 8, nos dice Vedía: *«tocaron los enemigos cajas pidiendo plática y con el tambor venía un soldado con una carta en la mano»* (45). El tambor era un instrumento de singular relevancia y su sonido acompañaba el quehacer de las tropas: bandos, órdenes en el campo propio, vibrantes redobles para estimular el ataque, su actividad era constante. El tambor que se nos cita avisaba que llevaba un mensaje. Era una carta de Drake y Norris al Gobernador instándole a la rendición: *«pedían esta ciudad por el Reino de Inglaterra y que entregándosela usarían de clemencia»*, en caso contrario *«aunque estuviese dentro todo el poder de España la habían de tomar dentro de dos días»*, y *«usarían de todo el rigor de la fuerza»*. Esta bravuconada no fue tomada en consideración y los mensajeros fueron despedidos con respuesta negativa, *«se acabó la plática y aperci biéndonos para dentro de media hora se les contestó que desde luego podían comenzar»*. Se reanudaron pues los disparos por ambas partes, mientras proseguían los trabajos de la mina y la batería, en el campo inglés y de preparación de sacos, fajinas, cuerda, balas, etc., en el campo español. Los británicos continúan trasladando su artillería lentamente.

El día 9 se siguió en la misma situación y actividades. El día 10 se registra como incidencia lo siguiente. Desde que se tomó la

---

(44) Cfr. *Armamento de los ejércitos de Carlos V en la Guerra de Alemania*. Servicio Histórico Militar. Apéndice núm. 3.

(45) Manuscrito «Relación del cerco...»: *Ob. cit.*, día 8.

Pescadería los ingleses comenzaron un continuo movimiento de lanchas de barcos a tierra y viceversa. Con esta actividad incansable, por una parte se ponían en tierra numerosos medios de combate y por otra se llevaba a los navíos el fruto del saqueo exhaustivo de la Pescadería, al tiempo que se reponían víveres y agua. El trasiego se efectuaba desde las playas a los barcos y el Castillo de San Antón hostigaba y dificultaba con el fuego de sus cañones tal actividad. Este día los ingleses, que obviamente no querían exponerse a perder ningún barco, enviaron contra el Castillo que les molestaba, *«un buen número de lanchas grandes»* desde Puente Gaiteira, disparando su artillería pero, sigue diciendo el manuscrito, *«duró muy poco su resolución porque el otro fuerte pequeño de la ciudad, con las cuatro piezas ya dichas que estaban en la punta de la muralla ... se les dió tal carga que se retiraron más que de paso»*.

Siempre cavando la mina y terminan la plataforma. Al atardecer quedan instaladas sus piezas en Santo Tomás, dos de a 24 y cuatro de a 20 libras; realmente este número, que parece corto, debía estar en proporción con la entidad de las murallas a batir y otros factores: tiempo disponible, dificultades de transporte, etc. En este caso y dada la endebles evidente de las murallas (ya habían tenido que ser reparadas tras el fuego de los esmeriles), unos pocos cañones eran suficientes y máxime pudiendo asentarlos tan cerca, con lo que su efecto iba a ser grande. Tampoco conviene despreciar este número de piezas pues, por ejemplo, en el sitio de Ulm sólo se utilizaron doce y en el de Harlem, catorce. A este respecto Vigón precisa que *«el número de piezas que se emplean para la expugnación de las plazas es, por lo general, reducido»* y añade que don Juan de Austria rindió Gembloux poniendo ante ella cuatro cañones.

Si el número resultaba adecuado la calidad de los materiales también. Nos dice Collado: *«Para ese efecto (batir muralla) fueron hechas muchas suertes de cañones ... cuarto de cañón, medio, ... común ...»*, etc. Es decir, los del tipo aquí emplazados, cuyo calibre estaba sobre los 15 centímetros.

El día 11 se hacen los primeros disparos desde Santo Tomás. Uno de ellos derriba el escudo real de lo alto de la puerta. Esto, la situación elevada y la corta distancia nos indican que la puntería y el tiro se estaba haciendo por la boca de la pieza, lo que

entonces se llamaba «*de punto en blanco*». Confirmando así lo correcto de sus estimaciones se mueven las piezas y las pipas a la plataforma del convento de Santo Domingo.

Un amago por Puerta Real es rechazado con fuego de artillería y mosquetes. Con los cañones ya plantados en la plataforma, a media tarde salió un tambor pidiendo plática pero le hicieron unos disparos desde la muralla matándole, pese a que el Gobernador ya había advertido contra este tipo de acciones. La reacción de los ingleses fue de una gran violencia, y muy propia según los usos de la época; «*en Dalhem, en que los parlamentarios fueron acogidos con arcabuzazos*» (46), se tomó la ciudad por asalto y se masacró a la población. Aquí los ingleses sometieron a la plaza a un vivo fuego durante una hora hasta que viendo sobre las murallas a un hombre ahorcado los ingleses cesaron de disparar, intercambiando mensajes. El Gobernador había mandado ajusticiar al autor de la muerte del tambor y así las cosas los británicos enviaron una nota diciendo que «*aunque no era costumbre de soldados después de una intimación y disparado el primer cañonazo admitir plática, que por la ocasión de justicia que se había hecho*» (47) admitían hablar de nuevo sobre la rendición de la ciudad.

Se nos muestra aquí una actitud que es consecuente con los usos de entonces en los sitios. Existían una serie de normas o de costumbres generalmente admitidas según las cuales la rendición era posible hasta que la artillería se plantase en su batería, después de esto la ciudad quedaba expuesta a su suerte y si caía era asolada, saqueada y muchas veces destruida. También, en ocasiones había lugar a una segunda oportunidad de rendición aunque esto no solía prodigarse. Alejandro Farnesio, que en sus campañas en los Países Bajos fue sensiblemente más suave que el duque de Alba, puso sitio a Sichern en 1578; la ciudad «*rechazó dos intimaciones y una propuesta de 'bona guerra'* (buen trato), luego la artillería abre una brecha y antes de lanzarse al asalto se ofrece otra vez la rendición, que de nuevo se rechaza. Farnesio escribía en estos términos a Felipe II: '*Si nos mostramos clementes, la mínima bicoca (casucha) esperará a que se despliegue la artillería antes de rendirse. Así he decidido pasar a toda la guarnición por las armas*'» (48).

(46) CHARLES, Jean-Leon: «*El saqueo de las ciudades en los Países Bajos en el siglo XVI*». «*Revista de Historia Militar*», núm. 35 (1973), p. 16.

(47) Manuscrito «*Relación del cerco...*». *Ob. cit.*, día 11.

(48) CHARLES, Jean-Leon: *Ob. cit.*, p. 15.



El teólogo Francisco de Vitoria decía, sobre este tema: «... Si la capitulación es la consecuencia de un asalto o si la plaza se rinde por agotamiento, está autorizado castigar a los culpables principales» (49). Por último, de los cinco casos sistematizados por D. Fadrique de Toledo en 1573 y recogidos por Jean-Leon Charles (50), el peor para los defensores era el de

- «Las ciudades tomadas por asalto», y luego:
- «Las que habían esperado el bombardeo cuando no estaban capacitadas para defenderse.
- Las que, no obstante su capacidad de defensa, se rendían antes de la puesta en batería.
- Las que habían abierto espontáneamente sus puertas.
- Las que habían negado la entrada a las tropas pero habían acogido a rebeldes».

La Coruña había elegido su destino y a la última oferta del inglés contestó de nuevo con una negativa. Ahora ya sabía que si caía en sus manos no obtendría cuartel y sería entregada al pillaje y a la destrucción. De ahí la resistencia, a muerte, que va a ofrecer la ciudad en un gesto de lealtad a la corona que la había creado siglos antes, pues como contestó el marqués de Cerralbo airadamente a los ingleses: «la defendería por quien la tenía, de todo el mundo» (51).

Al final del día 11 y ya próximo el ataque por la zona de Puerta de Aires el Gobernador se personó en este puesto para concretar detalles de la defensa.

Y llegó el día 12 que al parecer iba a ser el decisivo, pues los ingleses comenzaron al amanecer una violenta preparación artillera, furioso bombardeo que duró ¡nueve horas! ininterrumpidas, con objeto de abrir brecha en las murallas y al tiempo neutralizar el fuego de nuestros cañones que hacían lo que podían. Esta situación nos la describe Collado con su peculiar precisión:

(49) *Ibidem*, p. 10.

(50) *Ibidem*, p. 11.

(51) Manuscrito «Relación del cerco...»: *Ob. cit.*, día 8.

«El intento principal del artillero enemigo es de quitarte las defensas ..., desencabalgarte las piezas, deshacerte los parapetos para dexarte al descubierto ... y hacer que no puedas defenderte de un asalto riguroso. Así mismo tú para poderlo ofender ... debes de procurar desencabargarle su artillería...» (52).

El caso es que, dice el manuscrito del cerco, batían «con tanta fuerza que no paraban de refrescarlas (las piezas)». Esta operación del refrescado era fundamental, pues «las piezas de artillería con la continuación y la frecuencia de los muchos tiros tórnanse tan calientes» (53) que es menester refrescarlas. Para ello se utilizaban pellejos de carnero mojados en agua fría por el exterior y el escobillón mojado con una solución de agua y vinagre por el interior (54). Fueron, en fin, los cañones de a 20 los que soportaron el peso de esta acción causando muchos daños en la muralla a lo que no fue ajeno, además del acertado tiro, la mala calidad de los muros y la proximidad de las piezas. No sabemos el número de disparos que cayeron sobre la plaza pero por los datos referenciales de la época pensamos que serían sobre 160 las pelotas de hierro, de unos 10 kgs. de peso, que machacaron la muralla e intermediaciones (55), causando bajas entre los defensores «se retiraba todo cuanto se podía a lo que ayudaban mucho las mujeres y esto costó algunos soldados de los mejores» (56).

Sobre las cuatro de la tarde cesó el fuego y desde las murallas se vio mucha gente en Santo Domingo. La expectación en la plaza era grande, aunque se afanaban por recomponer algo la brecha que se había abierto en la muralla y una de las baterías que había caído. Y en esto reventó la mina y para júbilo de los sitiados reventó mal, «por junto de la muralla, de la parte de afuera sin hacernos daños» (57). Ya hemos comentado las tremendas dificultades de esta obra, uno de cuyos elementos clave era el cálculo de la distancia; en este caso fue erróneo por poco, pero suficiente para que fallase su efecto de completar la destrucción hecha por la artillería.

(52) COLLADO, Luis: *Ob. cit.*, p. 53.

(53) *Ibidem*, pp. 55 y 55v.

(54) VIGON, Jorge: *Ob. cit.*, p. 285.

(55) En Ingolstadt (1546) se hicieron 36 disparos por pieza y día de 8 a 10 horas de combate. VIGON, Jorge: *Ob. cit.*, p. 287, habla de «cinco a seis disparos por hora» y QUATREFAGES, René: *Ob. cit.*, p. 250, cita un máximo de 50 tiros al día, por pieza.

(56) Manuscrito «Relación del cerco...»; *Ob. cit.*, día 12.

(57) *Ibidem*, día 12.



LA CORUÑA Y  
EL CASTILLO  
DE SAN ANTON

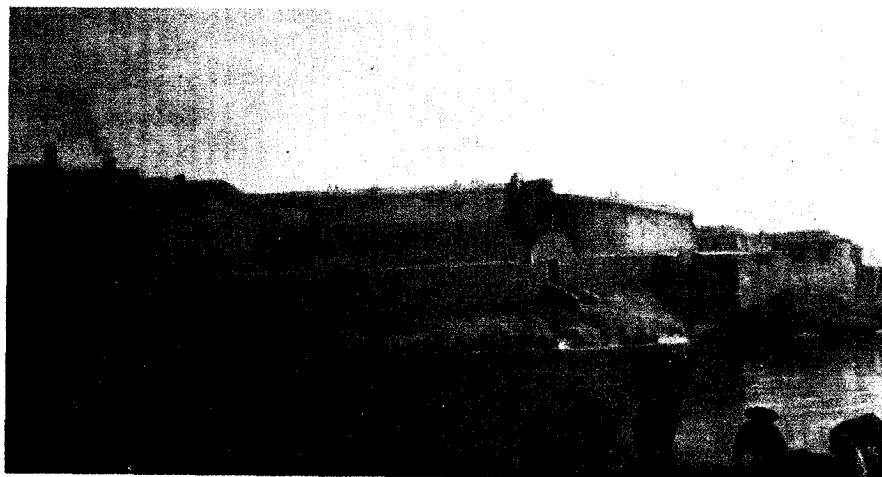
Abrazando el macizo de árboles se ven las antiguas murallas de la época de María Pita. Son los actuales jardines de San Carlos, entonces «Fortaleza», señalada con el número 7 en el «Plano conjetural» de la página 21.



#### LAS ANTIGUAS MURALLAS

En estado actual: Por detrás asoman árboles de los jardines de San Carlos.

Según un cuadro antiguo de La Coruña: A la derecha, en primer término, la muralla almenada se corresponde con la fotografía superior. Detrás la «Fortaleza». Puede observarse que el mar llega hasta las murallas, de modo que no existía el istmo (en la fotografía de la ciudad) y el castillo de San Antón estaba situado sobre una isleta.

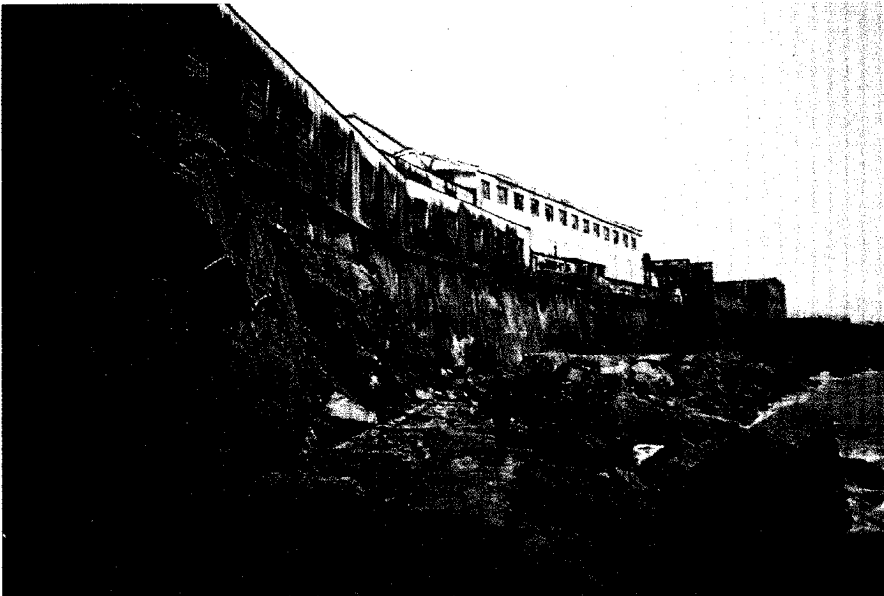




† Castillo de San Antón y bahía de La Coruña.

NOTA.—Estas cinco fotografías nos fueron facilitadas por el arquitecto e historiador D. José Ramón SORALUCE BLOND, algunas de las cuales figuran en su libro «Castillos y fortificaciones de Galicia».

Antiguas defensas sobre el mar, mirando a la entrada de la bahía (al Este).  
Son posteriores a los hechos. 7



Este fallo era algo realmente grave para el ingeniero artífice de la mina: «tres géneros de pérdidas se pueden ofrecer en el ejercicio de la guerra que son de mayor infamia y deshonor ..., y estas son, el perder piezas de artillería, ... dexarse quemar la munición de la pólvora y faltar el efecto de la mina por haber errado la medida de la distancia...» (58).

La consecuencia de este fallo fue que no se dio el asalto previsto, que los españoles tuvieron tiempo a seguir con sus tareas y que los ingleses se vieron obligados a tener que seguir cavando la mina, pero ahora a cielo descubierto delante de la muralla, con el riesgo que cabe suponer. Se pasó pues a una fase de reparaciones y hostigamiento mutuo con el fuego de arcabuces y cañones, para dificultar los trabajos. Una vez más son las mujeres del pueblo de La Coruña las que llevando agua, vino y víveres a los de la muralla les ayudan a sobreponerse de la fatiga y removiendo piedras, acarreando tierra, y cavando, contribuyen a reparar como pueden muralla y batería, hasta construir un terraplén de 10 pasos, unos 7 a 8 metros de ancho, para evitar que un trozo de muralla se cayese hacia adentro.

El día 13 se siguió igual, matando los de las murallas a varios ingleses que trabajaban en la mina, riesgo este ya apuntado por Collado: «*porque siendo muy descubierta y patente a los enemigos le matarán la gente que trabaja, a arcabuzazos*» (59).

Pero el final ya se acercaba. El día 14 y desde el amanecer hasta las seis de la tarde los ingleses reanudaron la preparación artillera «*con más fuerza que antes*» y durante unas diez horas, hasta que allanaron la brecha de la muralla. Entonces cesaron el fuego y formaron sus banderas, lo cual se observó desde la muralla, ordenando retirarse la gente de la parte donde se suponía iba a reventar la mina dejando sólo algunos centinelas. Se redistribuyeron unidades y misiones para repeler el inmediato asalto y se espera.

A las seis de la tarde voló la segunda y definitiva mina. La explosión derribó un «*pedazo grande*» de un cubo, en cuyo momento se abrió fuego de artillería y mosquetería contra la brecha de la muralla y contra el cubo semiderruido. Hacia estos objetivos salieron las tropas de la infantería inglesa en dos columnas detrás

---

(58) COLLADO, Luis: *Ob. cit.*, p. 62v.

(59) *Ibidem*, p. 65.

de sus banderas en medio de un gran griterío y golpes de tambor. La brecha abierta era la condición «sine qua non» para lanzarse al asalto. Farnesio decidió atacar Maestricht en 1579 porque «*abierta brecha en el baluarte y desmoronado el torreón, sus ruinas ... facilitaron el paso*» (60). Al mismo tiempo salieron de la Pescadería contra San Antón, de nuevo el ataque combinado, «*hasta 40 lanchas grandes y pequeñas con gente y las grandes con artillería también y todas a boga arrancada*» (61). El asalto se había iniciado.

### *El asalto y la defensa*

Una vez más los cuatro cañones de la esquina de la muralla que daba a la Pescadería cogieron de través con su fuego a las lanchas, rompieron la formación, hundiendo dos de ellas, y sembrando tal confusión en el agua que «*se retiraron todas, cada una por donde pudo, sin aguardar orden*» (62).

En las murallas se vivían momentos decisivos en los que participó el marqués de Cerralbo, personándose con la poca gente que le quedaba de reserva, unos cuarenta hombres. Con fuego de apoyo de arcabucería y mosquetería los ingleses avanzaron hasta las murallas donde fueron recibidos con un nutrido fuego; por la parte del cubo fueron acometidos por el Alférez de la compañía del Capitán Troncoso e inmediatamente por éste con sus infantes, lo cual les obligó a detenerse: «*cayó sobre ellos con resolución el capitán y los rechazó y alejó*» (63). La actitud de este capitán, siempre en los lugares de mayor riesgo, es ejemplar, y responde sin duda con creces a las exigencias de entonces en el ejército del rey Felipe, como precisa Quatrefages:

«En el combate daba ejemplo el jefe de la compañía y acababa donde se perdiese su bandera. Sin abandonarla. Huir, jamás ... pues era necesario que soldados y oficiales vivieran, sufrieran y murieran juntos ... Con su ejemplo el capitán evitaba la posible desmoralización de su tropa. Tenía que animar a sus hombres e impedir los conatos derrotistas» (64).

(60) VIGON, Jorge: *Ob. cit.*, p. 381.

(61) Manuscrito «Relación del cerco...»; *Ob. cit.*, día 14.

(62) *Ibidem*, día 14.

(63) *Ibidem*, día 14.

(64) QUATREFAGES, René: *Ob. cit.*, pp. 285-286.

Mientras la columna que atacaba el cubo era detenida, la de la brecha avanzaba implacable. Subiendo sin dificultad por las piedras se llegó a un combate cuerpo a cuerpo con las picas, de gran dureza, mientras las tropas inglesas recibían fuego continuado de arcabucería y de los cuatro cañones de los cubos, dos en cada uno, de los traveses de la Puerta de Aires. Es entonces, después de más de una hora de combate, cuando se produce el hecho episódico de María Pita, que luego comentaremos. En el caos crítico de la defensa un suceso así no debió resultar especialmente extraño cuando las mujeres, en un último esfuerzo, combatían también en las murallas como recoge Barreiro citando a Martínez Salazar: «... el día que se dió el asalto general ... las dichas mujeres fueron de mucha importancia, muchas dellas peleando varonilmente, animando a los maridos y a los soldados y algunas dellas los enemigos las mataron hestando terraplenando los cubos y defendiendo la dicha muralla ... y aunque mataban algunas dellas no por eso las otras perdían el ánimo ...» (65). Singular resolución la de las coruñesas que sin duda encoraginó, tanto a nuestros soldados que pelearon sin desmayo, como a los hombres de la ciudad que lucharon codo a codo con ellos.

Tras dos horas de lucha, sobre las ocho de la tarde, el asalto es rechazado. Los defensores tuvieron 150 muertos y los ingleses, con muchas bajas, perdieron además varias banderas.

El manto de la noche trajo un respiro, aunque en la ciudad hubo de trabajarse duro para alzar un terraplén y cubrir lo que había sido volado del cubo, además de construir una empalizada para taponar parte de la brecha de la muralla. Al día siguiente prosiguió la tensa quietud y los trabajos. En el campo inglés se debió de celebrar un consejo de guerra para analizar una situación que, con el paso de los días, se tornaba problemática para los sitiadores. Se decidió entonces un nuevo plan de ataque tomando como base de partida el otro convento, el de San Francisco, esperando encontrar menos resistencia en aquella zona de la muralla.

El día 16 por la mañana hubo movimiento de tropas en Santo Domingo y varias banderas inglesas salieron marchando, a distancia de la muralla, camino de San Francisco. El marqués, ante esta situación, dio órdenes urgentes de prender fuego al citado convento. La premura con que se hizo impidió su quema total pero, como

---

(65) BARREIRO FERNANDEZ, José Ramón: *Ob. cit.*, pp. 269-270.



ardió en parte, logró el efecto sorpresa pues los ingleses se encontraron con las llamas al llegar allí, lo cual hizo que no pudiesen entrar para recoger y organizar sus unidades. La inesperada situación forzó un nuevo consejo de guerra al mediodía en el que, probablemente, los apremios de Drake para poner fin al ataque y salir de La Coruña, obligaron a Norris a dar las últimas órdenes a su ejército.

Evidentemente el sitio se había dilatado mucho más de lo previsto. Drake ya había hecho acopio de agua y víveres y en las bodegas de los barcos se amontonaba el producto del saqueo. El objeto de la expedición, atacar Lisboa, aún estaba sin acometer y el infante D. Antonio no dejaría de apremiarle cada día. Por otra parte era evidente que los refuerzos en socorro de la ciudad eran cada vez más numerosos, lo que podía llegar a ser un problema para el reembarque del ejército y la seguridad de sus buques si aparecía algún cañón en tierra. Así las cosas ya nada justificaba la presencia británica en estas aguas, de ahí que, como jefe de la expedición, indicase a Norris que debía poner término a su empresa en tierra.

No está de más hacer una alusión aquí a esos refuerzos que se movían fuera de la plaza por la campaña próxima. Dejamos el día 6 a unos 1.400 en El Burgo; pues bien, durante los días siguientes llegaron 600 hombres más de Betanzos que se mantuvieron guardando la costa de Mera, Santa Cruz y Oleiros, con lo que impidieron varios intentos de desembarco de lanchas inglesas en esas zonas y evitaron el subsiguiente pillaje. También acudieron desde Santiago otros 600 y de Cayón unos 400. Se tomó la decisión de reunir a los tres mil hombres e intentar alguna acción sobre el muro de la Pescadería, ya guarnecido por la infantería inglesa. El día 7 se instalaron en el monte Arcas, creemos que en sus estribaciones de Fieiteira y desde allí organizaron un movimiento por el camino real de Bergantiños y por el camino a Santa Lucía. Cabe decir una vez más que aquellos grupos de paisanos, con apenas soldados entre ellos, carecían de los medios de combate adecuados.

Nos dice Vedia: «la multitud de que hablamos ..., de cada veinte hombres que traían arcabuces, uno solo venía con frasco de pólvora y después de cargar su arma tenía que proveer a los demás; otro tanto sucedía con la cuerda ... y éstos ... iban los mejor parados pues muchos traían las armas inútiles ... y la mayor parte estaba sin más que picas, medias lanzas, palos y hasta hoces» (66).

---

(66) VEDIA Y GOOSENS, Enrique de: *Ob. cit.*, p. 87.

Con este panorama efectuaron un intento contra el muro de la Pescadería, ya en poder de los invasores e hicieron retroceder las guardias avanzadas británicas, pero una vez organizadas sus banderas detrás del muro y adelantando un cañón al Malvecín, salieron los ingleses a toque de caja contra los socorros, los cuales al ver su resolución, dice Vedía: «... se fueron alejando y al último, más en completa fuga, que en retirada» (67). Fijaron, en fin, su campamento en el citado monte y desde allí se dedicaron a hacer correrías, causando las bajas que podían en los ingleses dispersos. Ante la escasez de pólvora habían enviado a buscarla pero cuando llegó, sobre el día 10, comenta Vedía: «... ya la gente estaba harta y cansada del campo y de sufrir continuas aguas y fríos» (68). Como se ve, Coruña no recibió en realidad socorro alguno y aguantó por sí sola con lo que le echaron.

#### *Últimas acciones y retirada*

Volviendo al consejo de guerra de Norris, diremos que en él se decidió dar por concluido el asedio, dictándose las últimas órdenes encaminadas a intentar la quema de la ciudad que de forma tan decidida se les había resistido. Esta cruel represalia formaba parte igualmente de los usos de la época y se aplicaba después de una dura resistencia de los sitiados y como castigo por no haber rendido la ciudad. No se quema Mons (1572) porque pese a haber resistido al duque de Alba termina por rendirse, pero se entrega al fuego Neuss (1586) tras ser tomada a los protestantes que se habían negado a rendirla.

Aquella noche, aprovechando la bajamar, los ingleses hacen una aproximación a las murallas que miran a la Pescadería, cerca de la esquina del fortín, arrimando palos impregnados de alquitrán en la parte en que las techumbres de las casas sobresalían de las murallas. El Capitán Montoto, de la ciudad, que guardaba aquella zona, hace fracasar el intento hostigando a los asaltantes con fuego de mosquetería y lanzamiento de piedras.

Al día siguiente 17, comienzan los preparativos para levantar el campo y una vez más los trabajos se realizan bajo el fuego de protección de arcabucería desde Santo Domingo, que es contestado

(67) *Ibidem*, p. 89.

(68) *Ibidem*, p. 88.

por los de la muralla. Se inicia la retirada de la artillería, señal inequívoca de la finalización del sitio y se prenden fuego a los molinos de viento de Santo Tomás «*solo por causar daño*» dice el manuscrito.

De nuevo esa noche los ingleses hacen otro intento para quemar la ciudad por el mismo sitio que ayer pero esta vez el ataque es en regla, con apoyo de varias unidades de infantería. La tenaz defensa de Montoto hizo que sólo 40 ó 50 consiguieron arrimarse a la muralla, donde se les rechazaron, volviendo hasta cuatro veces con grandes pérdidas humanas, «*se les mataron bastante y algunos de los principales, que entonces desistieron*». La pérdida de los oficiales entre la lluvia de piedras y disparos de mosquetes y arcabuces, abortó el intento del que quedaron como testimonio cuatro palos con alquitrán arrimados a la muralla y numerosas armas ensangrentadas.

Tras este fracaso y ya al día siguiente 18, los ingleses desesperados prenden fuego a cuanto está a su alcance. Arde así el convento de Santo Domingo, iglesias, ermitas, no sin antes haber sido profanadas, y hospitales. Al mediodía plantan fuego a la Pescadería, aunque por fortuna ardió sólo en parte.

Durante todo el día y una vez embarcada la artillería, pasaron gente y pertrechos a sus barcas hasta que sobre las seis de la tarde cesó la actividad quedando todo «*en grandísima quietud hasta el día siguiente*» (69).

Por fin, el día 19, al amanecer, comenzaron a hacerse a la vela y poco a poco salieron del puerto ante la alegría, que es fácil suponer, de los sitiados. A las ocho de la mañana se pierden de vista navegando hacia el Sur.

Naturalmente el día 20 se cantó una misa de acción de gracias y se procedió a tomar disposiciones de todo tipo.

---

(69) Manuscrito «Relación del cerco...»; *Ob. cit.*, día 18.

## EL EPISODIO DE MARIA PITA

Conviene puntualizar que la defensa fue una gesta colectiva en la que el pueblo de La Coruña se cubrió de gloria y supo conservar su ciudad a sangre y fuego. Pero hubo un hecho, un suceso inesperado en un momento crítico, que dinamizó a los defensores haciéndoles sobreponerse en su calvario. Allí, en aquella brecha de la muralla, sucedió algo. Algo que frenó el ímpetu inglés. Algo que motivó que, después, una mujer fuese «*victoreada por todos*». Algo que, tras el oportuno expediente e informe, hizo que Felipe II le concediese reconocimientos y mercedes. Sucedió en fin, que una coruñesa, olvidando su apego a la vida, impulsada por su coraje, alcanzó la que el Padre Feijóo llama «*celsitud de ánimo ..., grado eminente y como sobrehumano, que llamamos heroísmo...*» (70). Esta mujer fue María Mayor Fernández de la Cámara y Pita, María Pita.

Sin entrar en otras cuestiones nos interesa resaltar ciertos rasgos personales de esta señora. Según De Sotto «*era una recia y alta mujer, más bien gruesa que esbelta ... de gran temperamento y decisión*» (71), Barreiro la cita como «*mujer de buen parecer y gigantona*» (72), y Benito Vicetto, en comentario del Sr. Bussy, que «*estaba dotada de un genio vivo y fuerte ..., decisión y ánimo varonil*» (73). Su genio la llevó a tener, años después, varios pleitos y su decisión, a presentarse sola en la Corte en 1596 para reclamar contra una sentencia desfavorable, consiguiendo así que le respetaran sus privilegios. Conviene aclarar que un viaje a Madrid en aquella época no era grano de anís. Los ocho días de viaje por pésimos caminos de tierra, salpicados de obstáculos de todo tipo, con mesones de amalgama donde se podía descansar pero no expender comidas, y con la amenaza cierta de la presencia de bandidos, eran realmente una prueba bastante dura. Por otra parte, su fortaleza física la ejercería en su actividad diaria; viuda de un carnicero y casada en segundas nupcias con otro carnicero, que precisamente pereció en el sitio unos días antes, estaría familiarizada con el uso de los utensilios de tal profesión que requería no poca destreza y violencia. Refugiada en la ciudad tras la caída de

(70) SOTTO Y MONTES, Joaquín de: «*Semblanzas de algunas heroínas españolas*», «*Revista de Historia Militar*», núm. 20 (1966), p. 67.

(71) *Ibidem*, p. 62.

(72) BARREIRO FERNANDEZ, José Ramón: *Ob. cit.*, p. 271.

(73) VICETTO, Benito: *Ob. cit.*, p. 390.

la Pescadería, contribuía como otras mujeres, con su esfuerzo y trabajo, a mantener la defensa; así, estaba cerca de la muralla aquel día 14 de mayo.

Los otros protagonistas del fulgurante episodio fueron el Alférez inglés y su bandera. Bueno es que demos también aquí unos datos orientativos al respecto.

Nos dice Quatrefages al explicar la figura militar del Alférez lo siguiente, que ordenamos en forma de retazos: «Oficial de confianza, responsable de la bandera ...; capaz de protegerla y sacrificarse defendiéndola ...; suficientemente fuerte para ondearla en el combate ... Debía ser corpulento, fuerte, hábil y gallardo, para presentar una buena estampa ... sobre todo en los asaltos, para ondear la bandera con una mano (los soldados debían tenerla siempre a la vista) ... Debía ir muy bien armado pues tenía que causar pavor al enemigo en el combate, manteniéndola en alto y blandiendo la espada con la otra mano» (74).

En cuanto a la bandera nos dice que era un tafetán cuadrado de 1,70 de lado «fundamento de la compañía, su honor y su reputación ... No podía permitirse que ... fuese arrastrando, ni aún tocar el suelo siquiera ... Se interpretaba como mal presagio el hecho de que se cayese la bandera» (75).

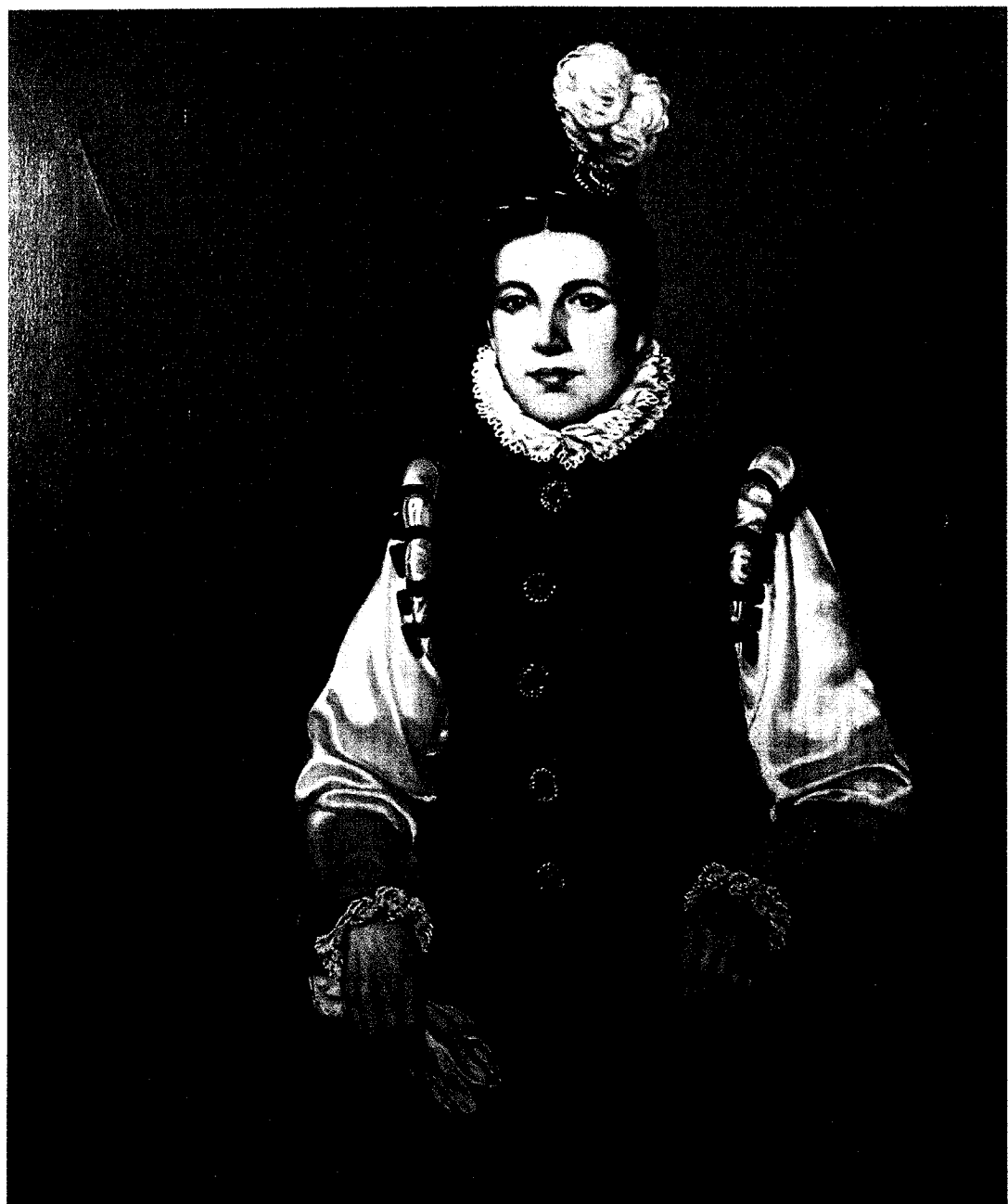
Por lo que respecta al Alférez inglés no poseemos mayores datos, aunque ciertas alusiones de Benito Vicetto lo señalan como hijo o hermano del General Norris, jefe del ejército inglés. Desconocemos el fundamento de esta cita, que si fuese cierta ratificaría aún el abatimiento de la tropa inglesa que con él estaba.

Pasando ya de lleno al episodio nos encontramos a los ingleses atacando con denuedo la muralla y a los españoles defendiéndola con no menor empeño. Pelea agotadora por el dominio de las ruinas y para desbordar las defensas. Entre aquellas piedras avanzaba resuelto un alférez inglés y nos dice el manuscrito de los hechos: «*El alférez de los enemigos que con la bandera subió a la brecha animaba y gritaba a su gente para que avanzase*», mientras que los defensores «*cansados los unos y muertos o heridos los otros, ofrecían el triste momento de sucumbir al enemigo*» y es entonces cuando «*una mujer llamada María Fernández de la Cámara y Pita ... se metió por entre todos, animándolos armada de una pica y tomando la delantera hizo frente a dicho alférez*» (76). Ima-

(74) QUATREFAGES, René. *Passim. Ob. cit.*, pp. 272-274.

(75) *Ibidem*, pp. 272-274 y 292.

(76) Manuscrito «Relación del cerco...»; *Ob. cit.*, día 14.



MARIA PITA  
Oleo del Museo del Ejército

ginamos la fugaz escena. María Pita, enardecida, con un relámpago de odio en los ojos cual Némesis sobrecogedora, se encontró un instante ante la sorprendida mirada del oficial inglés. Un golpe profundo y seco de la pica, asestado por los fuertes brazos de aquella mujer, acostumbrada al trabajo duro, hizo desplomarse estupefacto al joven mientras se asía desesperadamente a una bandera que se iba de sus manos, sujetada ya por María Pita. Nos dice Montero Aróstegui: «... le derribó sin vida, le arrancó y pisoteó la enseña extranjera, insultando a los que retrocedían ante su indomable valor» (77). Este instante galvanizó a unos e inhibió a otros resultando que se detuvo el avance y dio tiempo de reaccionar a los defensores que hicieron retroceder al enemigo en aquella parte.

Y, concluye el manuscrito, «*María Pita a cuya decisión y valor se le debe el feliz resultado ..., fue agasajada y victoreada de todos y el señor Gobernador le ofreció su protección y la del Rey nuestro Señor*» (78), como efectivamente sucedió, ya que Felipe II le concedió un privilegio comercial y una pensión mensual, recompensas que fueron ratificadas también por Felipe III.

María Pita tiene el honor de que su retrato figure en la Sala de Heroínas del Museo del Ejército, ya ennoblecida por su gesta, con lo que se hizo buena la frase de Ercilla: «*las honras consisten, no en tenerlas sino en arribar a merecerlas*».

## REFLEXIONES FINALES

Para los ingleses el ataque a La Coruña no reportó mayores beneficios. Apenas si consiguieron sus objetivos primarios, agua y bastimentos y en cambio dejaron 1.500 muertos en la empresa (79), además de perder alguna embarcación. Como quiera que su acción en Portugal, verdadero objetivo de la expedición, resultó también un fracaso, Drake se encontró finalmente ante una inesperada debacle. Al parecer «*al regresar la escuadra no traía 2.000*

(77) MONTERO AROSTEGUI, José: *Historia de El Ferrol del Caudillo*, 1858; Ferrol, 1972, p. 38, nota 33.

(78) Manuscrito «Relación del cerco...»; *Ob. cit.*, día 20.

(79) Cfr. VICETTO, Benito: *Ob. cit.*, día 20.

*hombres disponibles... y el natural enojo que el fracaso produjo a la reina, vióse aumentado y exagerado por la pérdida total del dinero que había invertido en la operación. Otros muchos lamentábanse ... todo el mundo prorrumpía en quejas y recriminaciones»* (80). Tras un juicio el veredicto fue «*desfavorable a Drake, quien por espacio de cinco años permaneció alejado del servicio de la reina»* (81), hasta 1594 y como quiera que el almirante pereció de unas fiebres en 1596, puede decirse que esta expedición fue el trance más amargo que hubo de soportar antes de su muerte.

Para La Coruña, las pérdidas humanas y materiales que padeció fueron especialmente graves para los humildes vecinos de la Pescadería, a los que Felipe II compensó concediendo diversas exenciones tributarias durante cinco años (82). Lo que este ataque puso en evidencia fue la paupérrima capacidad defensiva de la plaza y las escasas posibilidades bélicas de la zona. De modo que una de las consecuencias para la ciudad fue el estudio y, al cabo del tiempo, construcción de un nuevo sistema de murallas y defensas. De todos modos, diez años después, en 1599, el nuevo Gobernador, Carrillo de Toledo, aún se refiere a La Coruña como «*Plaza tan flaca y mal fortificada ...*» (83). Unos años después, hacia 1610, la situación había mejorado según Jerónimo del Hoyo: «*Esta ciudad está muy bien cercada ...*» (84) y así fue mejorando con el tiempo. Además, a la vista de lo sucedido, se construyeron distintas fortificaciones en el litoral de la bahía, a saber: Santa Cruz en 1594, San Diego 1630-36, Mera 1640-55, Valparaíso 1655, etc., completando así, con San Antón, un sistema que con la maniobra de los fuegos imposibilitaba acciones como la aquí estudiada.

El episodio de Drake y Norris sirvió para, a la larga, elevar la categoría de la ciudad como plaza fuerte, y a la corta para acreditar que aquí estaba viva esa voluntad indomable, presente en las mejores páginas de nuestra historia. Con ella se forjó el peculiar estilo de una ciudad que puede blasonar sentimientos seculares con el orgullo de haber sabido mantener para la Corona lealtad y para La Coruña libertad.

(80) IBARRA Y RODRIGUEZ, Eduardo: *Ob. cit.*, p. 336.

(81) *Ibidem*, p. 336.

(82) Cfr. GIL MERINO, Antonio: «*El puerto pesquero de La Coruña en el siglo XVI*»; Revista «José Cornide», núms. 17-21 (1981-1985), pp. 188-189.

(83) *Vid. cit.* Duque de Frías, en Revista del Instituto «José Cornide», núms. 5 y 6 (1969-1970), p. 68.

(84) ESTRADA GALLARDO, Félix: *Ob. cit.*, p. 56.